Una tierra con gente

Voces de Palestina

Sofía Caamaño y Sònia Bajona

EDITORIAL DESCONTROL

Una tierra con gente

Título de la obra: Una tierra con gente
Subtítulo: Voces de Palestina

Autoras: Escrito por Sònia Bajona Casas y Sofía Caamaño Deus
Fotógrafo: Pablo Santiago

Con el apoyo del Fons de Solidaritat de la
Univeritat Autònoma de Barcelona

Con la colaboración de Laylac.
1ª Edición febrero 2020, Barcelona
Colección Glosàlya
Descontrol Editorial

ISBN: 978-84-17190-95-8
Depósito Legal: B-3382-2020

Diseño: Descontrol Editorial
Maquetación: Descontrol Editorial

Impreso en Impremta Descontrol
impremta@descontrol.cat

Reconocimiento– NoComercial (by–nc):
Se permite la generación de obras derivadas siempre que no se haga un uso comercial de ellas y se cite la fuente.
Tampoco se puede utilizar la obra original con fines comerciales.

Editado por Descontrol Editorial
c/Constitució 19, Can Batlló, Bloc 11, Nau 85-90, 08014
-Barcelona-

editorial@descontrol.cat
distribució@descontrol.cat
descontrol.cat
934223787

Una tierra con gente

Voces de Palestina

Sofía Caamaño Deus
Sònia Bajona Casas

EDITORIAL
DESCONTROL

Para la gente de Dheisheh

Este libro ha sido escrito en colaboración con Laylac —Centro Palestino de Acción Juvenil para el Desarrollo de la Comunidad—, entidad a la que van destinados los fondos que se recauden a través de su venta.

Laylac es una organización sin ánimo de lucro fundada por personas refugiadas del campo de Dheisheh (Belén), que lleva diez años trabajando para el desarrollo comunitario del campo en particular y de la sociedad palestina en general. Su objetivo principal es crear conciencia sobre la situación en los territorios ocupados, tanto en el ámbito local como internacional, así como potenciar la educación pública, el pensamiento crítico y el compromiso con la comunidad del sector más joven de la sociedad.

Desde sus inicios se ha centrado en el desarrollo de actividades dirigidas a empoderar a la juventud palestina, haciéndola conocedora de la historia de la región y la situación política del país, formándola en disciplinas artísticas y transmitiéndole los valores del trabajo voluntario y la ayuda mutua. Por otro lado, desarrolla una importante tarea de sensibilización e incidencia política, dando charlas y formaciones dentro y fuera del país, recibiendo a personas extranjeras que quieran cooperar y participando activamente en los movimientos sociales que luchan por los derechos de las personas refugiadas palestinas.

Introducción

La realidad Palestina tiene muchas caras, tantas como personas que habitan sus tierras o que se tuvieron que marchar de ellas. Hay millones de biografías que forman parte de la historia de Palestina y que son fundamentales para entender lo que significa vivir en ese pedazo de tierra.

Estas páginas contienen los relatos de doce de estas personas. La mayoría viven en el campo de personas refugiadas de Dheisheh, un pequeño laberinto de edificios de hormigón y calles estrechas llenas de pintadas y desechos, que se convierten en un espacio de juego para niños y niñas durante el día y en un lugar transitado por soldados israelíes durante la noche. Otras personas viven en el pueblo de Al Walaja o en la ciudad de Hebrón, localidades palestinas con contextos no menos hostiles. Lo que todas ellas tienen en común es que sufren en primera persona las consecuencias de la ocupación israelí, y que nos abrieron las puertas de sus casas para contarnos las historias que luego plasmamos en estas hojas. Para construir estos relatos, realizamos entrevistas, reorganizamos los discursos orales para hacerlos leíbles y darles un orden, y luego los revisamos con sus protagonistas y los modificamos hasta que se sintieron plenamente identificados con lo escrito.

A través de estas historias no pretendemos dar una visión imparcial y objetiva de la situación en Palestina; lo que queremos es adentrarnos en las subjetividades de sus habitantes, dejar que cuenten la historia tal y como

la recuerdan, y poner un altavoz a las palabras, vivencias, opiniones y miradas al mundo de estas personas que, aunque viven realidades muy lejanas a la nuestra, no nos son ajenas en absoluto. Al fin y al cabo, lo que experimentan es la cara más oscura de ciertas dinámicas globales de las que todas y todos formamos parte, y sobre las cuales tenemos cierta capacidad de incidencia. Por eso creemos importante que sus voces crucen fronteras y sean escuchadas fuera de su tierra, que el problema se internacionalice y que cada vez más gente pueda acercarse a la historia de la región contada por quienes la viven.

Anhelar el regreso

Entrada al campo de personas refugiadas de Aida, Belén.
La llave que corona el arco es un símbolo del derecho a retorno en Palestina.

Jamila está sentada delante de un gran árbol y sus palabras acompañan, armónicas, el atardecer. Sus ojos invidentes no pueden percibir los rostros conmovidos de las personas que la rodean. Varias generaciones de su familia escuchan atentamente su relato; las memorias de Jamila son parte de su historia y explican por qué, hoy en día, se encuentran en el lugar donde están.

Me llamo Jamila. Tengo ochenta y seis años y nací en el pueblo palestino de Zacarías. Ahora, y desde hace décadas, vivo en el campo de personas refugiadas de Dheisheh. Soy una de las desplazadas de la Nakba[1], la catástrofe que provocó, en 1948, que muchos palestinos y palestinas tuviéramos que abandonar nuestras casas para poder sobrevivir.

Recuerdo lo tranquila que era la vida en mi pueblo natal. Por las tardes nos sentábamos, jóvenes y mayores, a la sombra de las palmeras datileras —unos árboles muy grandes que debían de ser de la época otomana—, tomábamos el té y compartíamos momentos. De vez en cuando había celebraciones magníficas. Las bodas, por ejemplo, eran eventos multitudinarios que se alargaban hasta siete días; todavía puedo recordar las canciones que cantábamos y los bailes que duraban, a veces, hasta el anochecer. También nos reuníamos todos los viernes, que eran "los días grandes": llevábamos nuestras ovejas hasta una plaza, la gente nos ayudaba a ordeñarlas y después nos repartíamos la leche y nos distribuíamos las frutas y las verduras que habíamos cultivado. Era una vida comunitaria. No había pobres porque compartíamos lo que teníamos y nos ayudábamos mutuamente. Por ejemplo, cuando alguien quería construir una casa, tenía a todo el vecindario a su lado para ayudarle. Sentía que todas las personas del pueblo

1 Nakba (النكبة) significa catástrofe en árabe. Es un término utilizado para denominar la serie de masacres, expropiaciones y destrucciones de pueblos palestinos ejecutadas en 1948 por el ejército israelí. Este período, llamado "Guerra de la Independencia" por parte de Israel, concluyó con la ocupación de gran parte del territorio palestino y dejó tras de sí un gran número de muertes y personas desplazadas.

eran mis hermanas. Sin embargo, todo eso cambió cuando empezó la Nakba.

Eran las dos de la mañana y yo estaba durmiendo en mi cama cuando un repentino estruendo me despertó: era el sonido de los cohetes con los que las milicias israelíes estaban atacando el pueblo. Al mirar al exterior, vi que uno de los explosivos había destruido por completo los dos grandes árboles de delante de la casa de mi padre. La gente estaba confusa, nadie sabía qué hacer. No era seguro quedarse allí porque, además de lanzar bombas, los soldados israelíes mataban a todas las personas que se encontraban. Recuerdo que cogieron a tres de nuestros vecinos, los tiraron al suelo, les dispararon y luego los mutilaron con cuchillos. Recuerdo también la historia de una familia que para intentar sobrevivir se escondió en una cueva. El ejército israelí lanzó bombas en el lugar donde se encontraba, matando a todos los miembros de la familia excepto a una niña muy pequeña que aún se estaba alimentando del pecho de su madre. La sacamos de ahí y nos la llevamos.

Estas anécdotas no son excepcionales: muchos pueblos palestinos vivieron historias parecidas. En mi pueblo, esa noche, acabaron asesinando a dieciocho jóvenes, pero en otros, como Deir Yassin, hubo matanzas mucho peores. En esa aldea los israelíes asesinaron a más de cien personas de formas muy crueles y sádicas. Decían que allí, a la gente a la que mataban, la dejaban tirada en el suelo y la cubrían con asfalto. Después de esa masacre, la gente de los alrededores se puso a buscar a los niños y niñas que sobrevivieron, los metieron en un camión y los llevaron a una casa de acogida en Jerusalén.

Cuando nuestro pueblo fue atacado, corrimos a refugiarnos a las montañas sin más que lo que llevábamos puesto. Después de dos días a la intemperie sin comida ni agua finalmente llegamos a una aldea, pero nos dijeron que no nos podíamos quedar allí, que los israelíes continuaban avanzando y que, si nos encontraban, nos matarían. Estábamos cansados, hambrientos y no teníamos fuerzas, así que descansamos un poco en ese pueblo antes de seguir huyendo. Empezamos a desplazarnos de un lado para otro, convirtiéndonos en nómadas. Nunca podíamos permanecer demasiado tiempo en ningún lugar: a veces, el propietario de esa tierra nos echaba y otras simplemente nos íbamos porque era peligroso quedarse. En ese momento yo tenía dieciséis años, una hija de año y medio y un hijo de seis meses. Mi hijo murió porque era muy pequeño y no teníamos comida para alimentarlo y poco después, en Jericó, murieron tres niños más de mi familia.

Después de este período de itinerancia, acabamos en lo que ahora es Dheisheh. Por aquel entonces, en la zona solo había árboles y piedras. Limpiamos el lugar y nos quedamos allí, sin importarnos que en el terreno hubiera serpientes u otros animales. En ese momento la escasez de alimentos no nos permitía comer más de una vez al día. Algunas personas comenzamos a trabajar como granjeras en los pueblos de alrededor, lo que era bastante duro ya que trabajábamos todo el día por muy poco dinero. Estuvimos un tiempo viviendo así, sin el apoyo de ninguna organización hasta que, en 1949, llegó la Agencia de las Naciones Unidas para los Refugiados de Palestina en Oriente Próximo (UNRWA), creó el campo de personas refugiadas y nos dio pequeñas tiendas de campaña. Al principio dormíamos en el suelo

y no teníamos nada para cubrirnos pero, por lo menos, podíamos refugiarnos cuando llovía. Al cabo de un tiempo, la UNRWA empezó a traer algunos víveres y mantas y, ocho años más tarde, empezó a construir unas precarias edificaciones de un solo compartimento para sustituir las tiendas. A cada familia le daban una. En la mía éramos nueve personas y vivíamos en una sola habitación, sin cocina ni lavabo; había un solo baño en cada zona, que compartíamos con otras quince familias. Con el tiempo, fuimos construyendo nuevos habitáculos encima de estas primeras viviendas y así el campo se fue convirtiendo en lo que es hoy en día.

En todos los años que llevo viviendo en Dheisheh, solo volví una vez a Zacarías. Fue en 1998, cuando se organizó una excursión hacia dos de los pueblos de procedencia de las personas del campo: Zacarías y Beit Jibrin. Había cientos de personas, llenamos siete autobuses. La llamamos *La excursión del retorno*. A pesar de que habían pasado muchos años, recordaba el lugar a la perfección. Cuando llegamos, estuvimos rezando en la zona donde se encuentra la mezquita, pusimos flores y cocinamos entre todos. Durante esa excursión, mientras estábamos disfrutando del breve regreso, llegaron los soldados israelíes, nos dijeron que nos metiéramos en el autobús y nos mandaron volver al campo. Nos acompañaron con sus jeeps hasta el control militar que separa los territorios controlados por la Autoridad Palestina de los que están bajo el mandato israelí, para asegurarse de que nos íbamos. Esa fue la única vez que pude volver

a pisar mi tierra. Después de eso, construyeron el muro[2] y ahora ya es imposible llegar.

Cuando nos fuimos de nuestro pueblo, nos dijimos que solo iban a ser cinco o seis días, que pronto volveríamos. Solamente comprábamos comida para sobrevivir en nuestro día a día y no construíamos nada estable porque no pensábamos en quedarnos a largo plazo. Teníamos la convicción de que recuperaríamos nuestras casas. Ahora, estos cinco o seis días se han convertido en setenta años y seguimos soñando en volver.

Esta es mi historia; nuestra historia. Seguiré anhelando el regreso a mi pueblo hasta el día de mi muerte. De verdad espero que Dios nos ayude a recuperar nuestra tierra.

---

2 En 2002, Israel comenzó a construir una barrera para separar los territorios israelíes de los palestinos. Tiene unos 800 kilómetros de largo y consiste en un muro de hormigón en algunas zonas, y en una valla electrificada en otras. Rodea buena parte de Cisjordania y, de hecho, el 80% está construido en tierra cisjordana, adentrándose en algunos puntos hasta 22 kilómetros en el territorio.

Habitar el campo

Campo de Dheisheh en 1952. Fuente: Archivo de la UNRWA.

Aisha habla sentada en su sofá mientras toma café, después de invitarnos a una comida típica palestina hecha por su marido que no pudimos rechazar. Su tono es seguro y confiado. En su discurso mezcla árabe e inglés y sus palabras, apuradas, atropellan a las del traductor. Disfruta explicándose y nos pide que cuando volvamos a casa contemos su historia.

Mi nombre es Aisha. Nací en 1960 en el campo de personas refugiadas de Dheisheh. Cuando era una niña, en mi familia vivíamos en condiciones bastante precarias. Éramos catorce personas y habitábamos una especie de pequeña cabaña hecha con cuatro paredes y un techo de placa metálica. Convivíamos todas en esa única habitación que usábamos para cocinar, para comer, para dormir… Para todo. No teníamos suficiente comida ni recursos de primera necesidad. Durante bastante tiempo tuvimos que ir a la escuela sin zapatos o llevando ropa de verano en invierno. El nuestro no era un caso aislado, sino que buena parte de la gente del campo vivía en condiciones parecidas.

La UNRWA —la entidad responsable del campo— nos proporcionaba algunos servicios, aunque no suficientes. Por ejemplo, hubo un tiempo en el que distribuían unas tarjetas para que cada familia pudiera obtener alimentos básicos y algunos medicamentos. En nuestro caso, nos daban comida para siete personas a pesar de que éramos catorce, así que nunca comíamos las cantidades que necesitábamos.

En aquellos tiempos no había ni luz ni agua en el campo: la electricidad llegó en 1973 y el agua en 1984. Antes de eso, cuando se iba el sol, usábamos lámparas de aceite y, para conseguir agua, íbamos a llenar nuestras garrafas en unos grandes tanques que la UNRWA instaló delante del campo. Cuando en esos depósitos no había suficiente agua, teníamos que ir a buscarla a las piscinas de Salomón— unas grandes cisternas abiertas de la época otomana que hay cerca del campo, bajando la colina—. En esas piscinas lavábamos la ropa usando piedras para sacar las manchas cuando no teníamos jabón. También llenábamos ahí algunos recipientes y nos los cargábamos en la cabeza

para transportarlos hasta nuestras casas. Nos duchábamos con esa agua: primero la hervíamos para desinfectarla, y cuando se enfriaba un poco nos la echábamos por encima con un vaso o un cazo.

Como vivir en estas condiciones no era fácil, ya desde niña me tocó colaborar en todo lo que podía: de pequeña ayudaba en las tareas del hogar, a los doce años dejé la escuela y a los catorce me puse a trabajar en compañías israelíes para conseguir dinero y apoyar a la familia. Estuve allí tres años, pero luego empecé a sentirme mal y a preguntarme: ¿por qué estoy trabajando para Israel? ¿Por qué colaboro con ellos si nos lo quitan todo? Es cierto que necesitaba dinero, pero sentía que había cosas más importantes. En ese momento me di cuenta de que lo que realmente quería hacer era ayudar aquí, a mi gente, y abandonar las empresas israelíes. Por eso en 1978, cuando tenía diecisiete años, empecé a estudiar enfermería y a trabajar en un hospital de Cáritas.

Aunque mi padre me dejó hacerlo, en esa época no estaba bien visto que las mujeres estudiáramos o trabajáramos. Solía ser algo vergonzoso para las familias. Algunas chicas ni siquiera salían de casa porque estaba mal visto y era peligroso. El campo era muy distinto a como es hoy en día: estaba rodeado por una valla, como si fuera una cárcel, y había muchos soldados que, a veces, abusaban de las mujeres, lanzaban gas lacrimógeno, nos disparaban… Ahora todo eso ha cambiado mucho: se ha normalizado que las mujeres salgan de casa, estudien y trabajen; de hecho, actualmente, las familias las animan a hacerlo. Yo incluso retomé la universidad ya de mayor, a los cuarenta y cuatro años, y me gradué como trabajadora social junto

con mi hija. Aun así, seguimos estando lejos de la igualdad de condiciones con los hombres.

También estamos lejos de tener unas condiciones de vida dignas en el campo, aunque la situación haya mejorado con el tiempo. Actualmente tenemos problemas importantes de espacio. Las familias han ido creciendo y construyendo pisos encima de las primeras edificaciones, así que se ha ido incrementando la cantidad de gente aglomerada en el mismo terreno. Ahora mismo, en Dheisheh somos más de diecisiete mil personas concentradas en un kilómetro cuadrado. Los niños no tienen sitio para jugar, solo la calle, y como pasan tantos coches es peligroso para ellos. Los edificios están muy pegados, así que en los pisos bajos casi no entra luz y no tenemos privacidad alguna: desde el salón podemos escuchar las conversaciones de nuestros vecinos y, desde su balcón, mi hijo puede recoger los frutos del árbol de la familia que vive al lado. Tenemos que tomarnos con humor este tipo de situaciones. Además, el hecho de que las construcciones estén tan juntas provoca que las enfermedades se expandan con más facilidad; cuando alguien tiene una gripe, no pasa mucho tiempo hasta que todo el vecindario acaba contagiado.

En caso de enfermar, disponemos de un hospital perteneciente a la Autoridad Palestina que atiende a la gente del campo y de algunas municipalidades de alrededor. El problema es que hay muy pocas camas para la gran cantidad de personas que vivimos en el área, por lo que es habitual encontrarse pacientes acostados en el suelo cuando faltan plazas. Además, solo hay dos salas quirúrgicas, así que a veces tenemos que esperar más de un año para una operación. Ese hospital no cuenta con los materiales necesarios

para dar un buen servicio médico: para una atención más especializada, tenemos que desplazarnos al hospital de la UNRWA de Jerusalén, pero solamente podemos hacerlo si el gobierno israelí nos da el permiso para cruzar el muro que nos separa de esta ciudad.

Otro de los grandes problemas que tenemos está relacionado con los constantes cortes de agua y luz. Los israelíes controlan el 72% del agua palestina y ellos deciden cuándo abrir y cuándo cerrar el grifo. El agua suele llegar al campo cada dos semanas, a veces solamente durante un par de horas. En ese momento llenamos nuestros tanques, situados en los tejados de las casas, para sobrevivir durante los siguientes días. Aunque es la única forma que tenemos de almacenar agua, estos tanques son problemáticos porque debido a su peso y a las posibles fugas se pueden deteriorar algunas construcciones.

Con la electricidad pasa algo parecido: durante el invierno, los controladores israelíes cortan la luz a menudo, dejándonos a oscuras y sin calefacción, ya que nuestros radiadores son eléctricos. También suelen dejarnos sin luz durante los ataques de los soldados al campo para que no podamos ver lo que ocurre.

Por otra parte, si os paseáis por Dheisheh, podréis observar lo sucias que están las calles. Aquí no contamos con ningún tipo de contenedor donde depositar los desechos, por eso la gente deja las bolsas de basura en las puertas de sus casas. En todo el campo solo hay siete trabajadores encargados de la limpieza: vienen una vez al día por la mañana, y los viernes y sábados descansan. Así, a veces, las bolsas se pasan dos noches a la intemperie y las ratas y los perros las rompen, desparramando los residuos por las

calles. Cuando los trabajadores se reincorporan no recogen los desechos del suelo, sino que se llevan solamente los que encuentran dentro de las bolsas. Esta carencia en los servicios de limpieza es uno de los factores que provoca que el campo tenga el aspecto que tiene. Dicho servicio, al igual que muchas otras prestaciones básicas, depende de la UNRWA, cuyo presupuesto se ha ido reduciendo cada vez más a lo largo de los años y, como consecuencia, los servicios de los que disponemos las personas refugiadas palestinas han ido disminuyendo progresivamente.

Por todo esto, los campos de personas refugiadas siguen siendo los lugares en los que más se sufre. Una vez, una compañera de la ciudad le dijo a mi hija que tenía suerte de haber nacido en el campo porque así no tenía que pagar ni agua ni luz. Al escuchar eso, mi hija la llevó a pasear por Dheisheh y su compañera acabó llorando al ver con sus propios ojos lo que supone realmente vivir aquí: no hay árboles, no hay espacio, no hay nada.

A pesar de la precariedad de las condiciones en las que vivimos, los vínculos entre la gente del campo son muy fuertes. Como todas somos personas refugiadas y tenemos los mismos problemas, existe un intenso sentimiento de comunidad. Siempre compartimos la comida, el agua, nos ayudamos en lo que haga falta y no dejamos que nadie se quede atrás.

Con el tiempo, también ha mejorado la relación con la gente de la ciudad. Recuerdo que antes había cierta discriminación hacia las personas refugiadas por parte de las locales. Creían que les queríamos sacar la tierra. Nos decían: “este no es vuestro espacio, vuestra tierra está en Jerusalén, o en Nazaret, o en cualquier sitio de dónde ven-

gáis…”. Sin embargo, hoy en día las cosas han cambiado porque han logrado entender que todas y todos sufrimos la ocupación, que estamos en el mismo bando.

Pese a las mejoras en términos sociales y materiales que se han dado en los últimos setenta años, y aunque hayamos crecido y construido nuestra vida en este campo, el derecho al retorno lo sigue siendo todo para nosotros. Mi padre murió hace una semana y lo único que quería era volver a Zacarías, su pueblo natal. Este deseo va a permanecer vivo a lo largo de las generaciones; vamos a seguir contando a nuestras hijas e hijos lo que pasó, de manera que lo ocurrido no quede en el olvido por muchos años que pasen. Quizás os cueste entenderlo, pero pensadlo: si os obligaran a dejar vuestra casa, vuestro pueblo, ¿lo olvidaríais? ¿Olvidaríais todo lo que teníais allí?

Comprender las raíces

Mapa de la evolución de la ocupación israelí del territorio palestino. La parte más clara representa la tierra que permanece bajo control palestino y la parte oscura, los territorios ocupados.

Balcón del protagonista desde donde se observan, en la cima de las colinas del fondo, algunos asentamientos judíos.

Sus labios, al hablar, se mueven de forma suave, como con cuidado. Aun así, la potencia de sus palabras podría romper el cristal de todas las vitrinas llenas de libros que lo rodean. Sus ideas, dice, no son suyas: pertenecen a la comunidad, a generaciones de personas que han ido construyendo conocimiento y pensamiento. Para él lo que importa es el mensaje, no quien lo emite. Por eso no quiere desvelar su nombre ni las facciones de su rostro.

Nací y crecí en el campo de personas refugiadas de Dheisheh durante la primera intifada[3], momento en el que prácticamente vivíamos encerrados todo el día en nuestras casas debido a los constantes toques de queda impuestos por el ejército de ocupación israelí. Aun así, soy originalmente de Deir Aban, un pueblo al sur-oeste de Jerusalén que fue destruido y despoblado en 1948. Cuando eso aconteció, mis abuelos se vieron forzados a marcharse hacia un lugar seguro, junto con las más de 750.000 personas —alrededor del 85% de la población palestina en el momento— que fueron desplazados forzosamente de las más de 530 aldeas y ciudades despobladas y destruidas durante la Nakba.

Mis primeras memorias se remontan a la segunda intifada. La ocupación se llevó mi infancia y mi adolescencia; es imposible ser niño bajo la amenaza constante de que te arresten o asesinen. Todavía puedo oler el gas lacrimógeno que me despertaba siendo yo aún muy pequeño. De aquel tiempo, todo lo que recuerdo son tanques por todos lados, gente muerta o herida por los disparos en las calles, tiroteos y ataques aéreos, invasiones de casas, personas arrestadas, demoliciones y toques de queda continuos. Todos nuestros esfuerzos se centraban en intentar sobrevivir ya que no había agua, electricidad ni ningún lugar seguro donde esconderse, y apenas podíamos salir del vecindario para ir a buscar comida o agua. Tenía miedo todo el tiempo. Odiaba sobre todo las noches porque los ataques israelíes se intensificaban con la

---

3 Intifada (انتفاضة) significa levantamiento en árabe. Es el nombre dado a las revueltas populares palestinas contra las fuerzas israelíes. La primera se desarrolló entre 1987 y 1993 y la segunda entre 2000 y 2006.

oscuridad. No podía creer que eso fuera una vida normal, y a muy temprana edad empecé a cuestionarme por qué no podía ir a la playa o a ver a mis amigos y por qué tenía que temer constantemente por mi propia vida y por la de mis seres queridos. Tenía la necesidad de entender lo que estaba pasando.

Me hirieron por primera vez durante la segunda Intifada, cuando tenía trece años. Me dispararon en las dos piernas cuando estaba de camino al colegio. Fui afortunado porque tuve la oportunidad de formar parte de las decenas de niños heridos que fueron a Europa para recibir tratamiento a través de una organización palestina. Cuando llegué me di cuenta que la infancia en Palestina es muy diferente de la del resto de niños y niñas del mundo. Allí vi el mar, vi parques para jugar, campos de fútbol y me sentí seguro por primera vez en mucho tiempo. Corría de felicidad y no para huir de los soldados o para intentar sobrevivir. Después de esta corta experiencia mis dudas se siguieron multiplicando y empecé a plantearme quiénes somos para el mundo, por qué la gente ve imágenes y noticias sobre lo que ocurre en Palestina y mira hacia otro lado, por qué nadie está escuchando nuestra voz y, en definitiva, qué es lo que está mal con nosotros o con ellos. Estas preguntas se quedaron clavadas en mi mente, así que empecé a leer e indagar acerca de la ocupación y el contexto político global para tratar de contestarlas. Quizás todavía no tengo una respuesta firme pero, a base de años de investigaciones, fui sacando mis conclusiones sobre las raíces del problema.

Para entender la situación actual en Palestina es muy importante tener en cuenta los inicios, las semillas del sio-

nismo[4] y las relaciones del mismo con las grandes potencias internacionales. Creo que lo que está pasando actualmente en Palestina estaba planeado y es parte de una estrategia diseñada a finales del siglo XIX, concretamente en 1897, cuando tuvo lugar en Basilea el Primer Congreso Sionista y se fundó la Organización Sionista Mundial. Antes de este congreso ya existía la idea de crear un Estado judío: se consideró implementarlo en algunas regiones de África o América Latina, pero la comunidad sionista resolvió que el mejor espacio para hacerlo era Palestina. Esta decisión no fue tomada al azar; los altos mandos del judaísmo político tenían sus razones para elegir esta zona en particular. Por un lado, utilizaron el argumento de los vínculos religiosos que tienen con Palestina ya que, según la tradición judía, esta es su tierra prometida y apelan a sus tres mil años de historia para avalar la legitimidad de habitarla. Por otro lado, potencias coloniales europeas como Francia e Inglaterra tenían muchos intereses en apoyar el movimiento sionista en su ocupación de Palestina para afianzarse así un fuerte aliado en Oriente Medio. Esto, además, iba en consonancia con sus aspiraciones de heredar el moribundo Imperio Otomano y de deshacerse de la población judía en sus propios países.

El hecho de que por aquel entonces la colonización fuera una forma de poder dominante y "aceptada" permitió al movimiento sionista prosperar en su objetivo de colonizar Palestina. Su meta, crear un Estado puro judío en su "Tierra Prometida", se podía leer en su eslogan: "Una tierra sin gente para una gente sin tierra". Sin embargo, lo que este falaz

4 El sionismo es una ideología política nacionalista que defiende la existencia de un estado judío en el territorio palestino.

lema implica es expulsar a los palestinos y sustituirlos por nuevos colonos judíos.

Después de la derrota del Imperio Otomano en la Primera Guerra Mundial, Palestina quedó bajo el Mandato Británico, lo que fue un gran trampolín para el proyecto sionista. El gobierno británico apoyó la colonización de la tierra palestina proporcionando armamento militar, protección y entrenamiento para los soldados israelíes y también potenciando el quiebre de la economía palestina a través del impulso de los productos de las colonias. Creo que es justo decir que Israel no existiría si no fuera por la ayuda británica. Además, el movimiento sionista no solo fue respaldado por Inglaterra, sino también por otros muchos países occidentales que le dieron apoyo militar, diplomático y económico, facilitaron la inmigración judía a Palestina o bien permanecieron en silencio frente a las injusticias cometidas contra el pueblo palestino.

Desde entonces y hasta la actualidad, el movimiento sionista ha usado el sufrimiento de la población judía alrededor del mundo, y especialmente en Europa, para reforzar su narrativa sobre la necesidad de tener un Estado para todas las personas judías del mundo. Este razonamiento se vio reforzado después de la Segunda Guerra Mundial:

¿Quién se iba a atrever a oponerse a un Estado judío después del Holocausto?

Actualmente Israel domina el 85% del territorio y se siguen reduciendo las áreas de "control" palestino. Este proceso de ocupación ha tenido graves consecuencias para nosotros a todos los niveles. Hemos vivido muchos años viendo nuestros derechos vulnerados: el régimen de Apartheid, los límites de movimiento, los arrestos y encarcelamientos injustificados,

los ataques militares, las demoliciones de nuestras casas, los cortes de agua y luz, los asesinatos impunes… hacen que vivir con dignidad sea casi imposible.

Este ambiente coercitivo, junto con los desplazamientos forzados, empujan a la gente a irse de Palestina buscando una vida mejor. Ahora, después de setenta años de opresión sistemática, el 66% —8,2 millones— de las personas palestinas son refugiadas y desplazadas internas, y alrededor de la mitad de la población vive fuera de la Palestina histórica. La Nakba no ha terminado, todavía continúa, y aún así seguimos estando solos en nuestra lucha, ya que las potencias mundiales se siguen posicionando a favor de Israel. Occidente lo apoya porque lo considera un buen aliado en Oriente Medio, ya que este Estado funciona como una especie de base militar en una zona muy rica en recursos naturales y geopolíticamente muy bien localizada. Por otro lado, los valores israelíes y los occidentales son muy similares, hecho que fortalece la unión de los lazos entre ambos. Esto se debe a que gran parte de las personas que vivieron la diáspora judía se establecieron durante años en Europa y Estados Unidos y acabaron por asimilar aspectos de la cultura occidental e involucrarse en las dinámicas de poder de estos países.

Por el contrario, en el mundo árabe no tenemos prácticamente ningún nexo de unión cultural con Occidente. Es más, el mundo occidental tiene una visión muy estereotipada de las personas árabes. Según su imaginario colectivo, somos extremistas, salvajes, matamos sin piedad por nuestra religión, somos terroristas, y muchos otros tópicos que sitúan la gente blanca por encima nuestro, igual que lo hacen con el resto de etnias de piel más oscura. La creación de esta imagen tiene un sentido: fue utilizada por

los poderes mundiales para justificar la colonización y se ha mantenido hasta nuestros días, en parte gracias a la difusión que los medios de comunicación dieron a estas ideas. Este estigma hacia nosotros, sumado a los intereses geopolíticos de ciertos gobiernos en la existencia de Israel, ha derivado en un silencio generalizado de Occidente con respecto a la situación palestina.

Por otro lado, los países árabes, con quienes sí existe cierta identificación cultural, a pesar de haber conseguido su independencia, siguen estando controlados por los poderes coloniales en muchos ámbitos, por lo que no se pueden posicionar libremente en contra de la ocupación. Por ejemplo, durante la Nakba, algunos ejércitos árabes que querían defender y liberar Palestina estaban dirigidos por soldados ingleses, y muchas personas que nos apoyaban en estos países fueron silenciadas, en ocasiones, de forma violenta. Del mismo modo, gobiernos y organizaciones internacionales de todo el mundo han sido muy selectivas a la hora de elegir lo que apoyan o dicen para no ser acusadas de antisemitas, y la presión por parte de los gobiernos sobre los movimientos de solidaridad populares ha ido aumentando, por lo que hoy sus intervenciones se limitan a los servicios humanitarios en lugar de actuar sobre la raíz del problema.

Considero que hay que seguir luchando y haciendo presión, porque ningún Estado que se haya construido a través del miedo puede vivir para siempre. Un día se derrumbará, estoy totalmente convencido de que una situación de colonialismo y opresión no puede sostenerse eternamente. La lucha contra la colonización continuará hasta que toda nuestra gente sea liberada y tenga la opción de retornar a su hogar, ya que la paz no tiene ningún sentido si no resuelve

la problemática de las personas refugiadas; ninguna solución será duradera sin justicia.

Si finalmente Palestina es liberada, creo que será necesaria una transición justa, en la que la gente que cometió crímenes pague por ello, confiese y pida perdón. Si eso pasa, mucha gente se preguntará por el futuro de las personas judías que viven aquí. En mi opinión, muchas se irán porque no aceptarán vivir en un Estado palestino; pero las que se queden, las que lo acepten, creo que deberán ser tratadas como unas ciudadanas más, sin ninguna diferencia con el resto. El Estado por el que lucho es un Estado democrático y secular para todos y todas, ya que nunca querría pasar de la posición de oprimido a la de opresor: cuando recupere mis derechos, seré el primero en luchar para que los demás también tengan los suyos.

Sin embargo, mientras no llega ese día, tengo que continuar batallando por nuestra libertad. Seguiré luchando para alcanzar el momento en que pueda ir a la playa cuando quiera y disfrutar del aire fresco y de la arena; en que deje de vivir en un campo de personas refugiadas, pueda moverme libremente sin puntos de control militar, sin permisos y sin soldados que pisoteen mi dignidad, y pueda dormir con las ventanas abiertas durante el verano sin levantarme sofocado por el gas lacrimógeno. Lucho por un futuro sin restricciones de agua y luz, en el que volveré a ver a los amigos que están en la cárcel o en el otro lado del muro, viviré sin el horrible sentimiento de no ser capaz de proteger a mi hijo y la ocupación dejará de llamar a la puerta de mi casa todos los días. Todavía tengo esperanza de que mi generación pueda saborear esa libertad.

Extrañar a los míos

Interior de la casa de Najía.

En la habitación solo está Najía, pero su mirada se entremezcla con las decenas de ojos que hay en la sala. Las paredes están repletas de fotografías de sus hijos, en especial de uno de ellos, Moataz, que fue asesinado por los soldados israelíes unos años atrás. A la derecha de Najía hay una vitrina con la ropa y los objetos que Moataz llevaba encima el día de su muerte. La casa huele a recuerdos.

Me llamo Najía y nací en Beit Sahour en 1956, aunque originalmente soy de Deir Aban, un pueblo cercano a Jerusalén. Mi vida estuvo marcada desde el principio por los arrestos y los asesinatos de mis seres queridos. Antes de que naciera, cuando empezó la Nakba y Deir Aban fue ocupado, los soldados israelíes mataron a parte de mi familia y los miembros que sobrevivieron, como no tenían donde quedarse, se establecieron en Belén. Al cabo de un tiempo nos trasladamos al campo de Dheisheh, donde he pasado gran parte de mi vida.

Aquí conocí a Ibrahim, mi marido, y a los dieciséis años me casé con él. Después de la boda nuestra convivencia duró poco porque, justo cuando tuvimos a nuestra primera hija, lo arrestaron durante tres años. Él estaba en una cárcel lejos de Belén, así que yo me saqué el carnet de conducir para poder ir a visitarlo, convirtiéndome en la primera mujer del campo en conducir un coche. Estuve varios años haciendo largos viajes para poder verlo.

Más adelante tuvimos más hijos e hijas, un total de nueve. Su padre había sido arrestado, así que tomaron conciencia de la situación política desde muy temprana edad y crecieron con alma luchadora. Cuando empezó la primera intifada, a una de mis hijas la arrestaron y a otra la hirieron y, más adelante, detuvieron por primera vez a mi hijo Ghassan, cuando tenía solo diecisiete años. A partir de ese momento, empecé a tener siempre en la cárcel a alguno de mis hijos: primero arrestaron a Mohamed y Ahmad, y después otra vez a Ghassan. Por si no fuera suficientemente duro para mí que estuvieran encerrados, tenía muchas dificultades para poder ir a verlos. Por un lado, la administración israelí me obstaculizaba conseguir los permisos necesarios para

visitarlos. Me hacían pedir un permiso diferente para cada uno de ellos, aunque estuvieran en la misma cárcel. Una vez, por ejemplo, me presenté ante los guardias con una hoja donde solo figuraba el nombre de Ahmad y, aunque Mohamed se encontraba en el mismo lugar, no pude hablar con él. Mi marido lo tenía aún más difícil por ser un antiguo preso. A mí me daban un permiso que caducaba cada año con el que podía hacer una visita al mes, pero a él solo le autorizaban para ver a sus hijos cada seis meses. Además, las cárceles estaban muy lejos de nuestra casa y, a veces, nuestros hijos se encontraban en prisiones distintas, uno al norte y otro al sur del país. Teníamos que salir de casa a las cinco de la mañana y regresar por la noche para poder estar con ellos tan solo cuarenta y cinco minutos, que es lo que duran las visitas.

Mientras alguno de ellos estaba encarcelado, vivía con el corazón encogido porque sé que las condiciones de la prisión son pésimas y ni siquiera disponen de servicios sanitarios mínimos. Los interrogatorios que se hacen ahí dentro son tan violentos que algunas personas incluso han llegado a morir por los golpes. Además, estas condiciones se endurecen cuando los presos deciden quejarse de alguna forma. Así sucedió cuando Ghassan hizo una huelga de hambre durante cuarenta y dos días: no le dejaban ni salir de la celda, la única forma que teníamos de saber cómo se encontraba era a través del abogado. Esta huelga de hambre me lleva a uno de mis peores recuerdos. Cuando Ghassan decidió empezarla, a finales de julio del año 2015, mi hijo Moataz estaba participando en un proyecto en Francia. Dadas las circunstancias, decidió volver para apoyar a su hermano y, en una de las manifestaciones de respaldo a los huelguistas, los soldados israelíes lo mataron.

Todos estos arrestos, asesinatos y experiencias traumáticas me afectaron y me siguen afectando mucho en mi día a día. Si me preguntáis cómo me siento, cómo me he sentido ante estas vivencias, os lo resumiré en pocas palabras: nunca he tenido una época feliz. Nunca hemos estado toda la familia sentada en la misma mesa, siempre hay alguien a quien extrañar. Si pienso en mi hijo asesinado o en cómo viven mis hijos arrestados, me duele demasiado, así que intento mantenerme ocupada para que el tiempo pase más rápido. Siento que no puedo celebrar nada. Desde que murió Moataz, una de mis hijas dio a luz a un niño y otro de mis hijos se casó, pero yo no me sentía parte de las celebraciones, me sentía como una visitante. No podía estar contenta. Cuando mi hijo empezó a planear la boda, le pedí por favor que esperara porque no estaba preparada ya que solamente hacía un año que mi hijo había muerto. La hicieron igual, pero en la invitación había una foto de Moataz y también pusieron un póster gigante con su imagen en la entrada. Esto es solo un ejemplo de hasta qué punto todo lo que hacemos, incluso las celebraciones, está relacionado con la ocupación, con la lucha, con lo político.

Ahora mismo, a pesar de que todos mis hijos e hijas están en libertad, sigo sin poder vivir tranquila. A Ghassan le dijeron que solo le dejarían estar dos o tres meses fuera de la cárcel, y ya lleva dos. Por las noches no duermo, estoy todo el tiempo pendiente de si hay alguien detrás de la puerta, con miedo de que vengan a arrestarlo. Me mantengo despierta para poder avisarle y que tenga tiempo de escaparse. Ni siquiera cierro con llave porque cada vez que vienen los soldados ponen una bomba en la puerta para abrirla: ya tuvimos que cambiarla cuatro veces. No sé qué es lo que puedo llegar a hacer

si me los encuentro delante. Quizás podría matarlos, tengo demasiados sentimientos dentro que no sé si puedo controlar y, después de perder a un hijo, siento que ya no temo nada.

A pesar de todo este dolor, no me quedo quieta: yo lucho, peleo, resisto. Tengo mis maneras. Para empezar, doy a mis hijos tanto apoyo como puedo. Ahora que están fuera de la cárcel, siempre los acompaño cuando los responsables de seguridad israelíes los llaman para interrogarlos. Voy con ellos porque tengo miedo de que los maten y luego les pongan un cuchillo en la mano solo para simular que ellos les estaban atacando. No sería la primera vez que los soldados israelíes hacen eso.

Mientras están dentro de la cárcel, también les ayudo como puedo. Por ejemplo, cuando Ghassan empezó su huelga de cuarenta y dos días, yo también empecé a hacer huelga junto a otras personas. En la entrada principal del campo montamos una gran carpa y nos pasábamos ahí el día, sin ir a trabajar, dando discursos para sensibilizar a la comunidad sobre la situación de los detenidos. Este movimiento no existía solamente en el campo de Dheisheh: también había carpas informativas en Ramallah, en Hebrón y en otros lugares. Nosotras íbamos viajando por distintas ciudades buscando el apoyo de más y más gente porque, si las personas de fuera no secundáramos a los huelguistas, estos morirían de hambre sin que les importara lo más mínimo a los guardias israelíes; si las protestas funcionan dentro es porque la gente se manifiesta fuera.

Además de respaldar a mis familiares en su lucha, también estuve involucrada en movimientos de mujeres activistas, con las que hacíamos trabajo voluntario por el campo visitando a

las familias de las personas heridas y mártires[5] y ayudándolas en lo que podíamos. Por ejemplo, si había una mujer mayor que tenía un hijo en la cárcel, íbamos a su casa, hablábamos con ella, le traíamos ropa y comida, etc. También teníamos un papel importante en las manifestaciones y los enfrentamientos con los soldados: dábamos piedras a los hombres, les preparábamos cócteles molotov, practicábamos los primeros auxilios a las personas heridas y traíamos agua, cebollas y perfume para calmar el efecto del gas lacrimógeno. En los años ochenta el papel de las mujeres en las manifestaciones era de apoyo a los hombres. Hoy en día, en cambio, también hay mujeres que están tirando piedras y cócteles molotov, que se involucran en la lucha desde la primera línea. Algunas de ellas fueron mártires, otras fueron heridas, arrestadas, perdieron un brazo o una pierna… Incluso hay algunas que estaban embarazadas cuando las detuvieron y tuvieron a sus hijos en la cárcel.

La vida de estas mujeres, como la mía, la de mis hijos y la de todas las personas que luchamos, son el reflejo de lo que pasa cuando te enfrentas a la ocupación. Resistir implica esfuerzo, implica peligro, implica pérdidas y vulneraciones de nuestra dignidad. Sin embargo, asumiremos estas consecuencias y seguiremos luchando, lo acepten o no lo acepten las fuerzas sionistas. Hemos resistido setenta años y resistiremos setenta más, y después cien más, o los que hagan falta hasta que recuperemos nuestros derechos.

---

5 En Palestina llaman mártires a todas las personas que son asesinadas por los soldados o mueren a causa de alguno de los mecanismos del régimen de la ocupación.

Vivir la cárcel

Lienzo pintado por Ibrahim Bornat, que forma parte de un proyecto artístico sobre de los presos palestinos.

Ghassan está sentado en el sofá de su casa. Encima de la mesa hay café, cigarrillos y una carpeta llena de documentos que conforman un historial de todos los arrestos que sufrió por parte del gobierno sionista. Ahora está aquí, pero sabe que en cualquier momento puede volver a ser detenido.

Me llamo Ghassan Zawahra. Nací en Belén, en el campo de personas refugiadas de Dheisheh. Me pasé trece años en la cárcel, casi todos los miembros de mi familia han sido arrestados alguna vez y uno de mis hermanos murió a manos del ejército sionista.

Mi caso no es una excepción; cualquier persona con la que habléis en esta zona os explicará historias similares. Esto ocurre porque en Palestina vivimos bajo un régimen de ocupación que mata, destruye, confisca las tierras y la vida de las personas y utiliza métodos brutales y racistas contra el pueblo palestino. Las fuerzas israelíes arrestan y disparan a la gente sin necesitar razones de peso para hacerlo: incluso una publicación en Facebook puede ser motivo suficiente para pasar varios años en la cárcel. Parten de la premisa de que todas las personas palestinas somos peligrosas y en esto se basan para justificar sus acciones arbitrarias.

Su fin último es controlar nuestra tierra. Para conseguirlo, intentan a toda costa manipular nuestra personalidad y apagar nuestra resistencia con el propósito de que nos rindamos. Hacen todo lo posible para dificultar nuestra vida cotidiana a través de presiones políticas y económicas pretendiendo que, de esta forma, nos mantengamos ocupados buscando medios de subsistencia y no podamos invertir esfuerzos en luchar contra la ocupación. Esta estrategia es aún mucho más explícita dentro de las cárceles, que son uno de los mecanismos más potentes que utiliza el sionismo para apagar nuestra voz. Allí quieren rompernos física, psicológica y emocionalmente para despolitizarnos, y tienen muchas maneras de hacerlo, desde controlar las cosas más pequeñas —como nuestro acceso a mecheros,

comida o nuestras salidas al patio—, hasta la violencia física extrema. Yo conozco muy bien su funcionamiento porque estuve más de una década allí dentro.

De la totalidad del tiempo que viví encerrado, siete años fueron consecutivos y el resto los pasé bajo arresto administrativo. Este tipo de detención implica que no necesitan ninguna prueba para encarcelarte, con la sospecha es suficiente. Los arrestos administrativos son de seis meses, pero su duración se puede ir extendiendo; yo me llegué a pasar seis años en la cárcel bajo este régimen de detenciones, y en mi hoja de arresto, el único motivo que alegaban era el hecho de estar políticamente activo en el Frente Popular para la Liberación de Palestina. Encuentran muchas excusas para alargar las condenas: la mía, por ejemplo, la extendieron porque me negué a asistir a la Corte Militar para sabotearla, ya que para mí es un organismo ilícito. Varias veces alegué que no tenían legitimidad para juzgarme, porque quienes iban a hacerlo eran militares y no jueces. Pagué el precio de este discurso con más tiempo de cárcel, pero no me podía quedar callado. Más adelante, cuando me detuvieron porque teóricamente tenían una causa demostrable, cada vez que mi abogado acudía a la Corte Militar a preguntar el porqué de mi condena, la respuesta era que se trataba de información confidencial y que no podían decírnoslo. Nuestra forma de leer este hecho fue que simplemente no existía tal motivo verificable.

Además de todas las irregularidades que cometen durante el proceso de arresto, una vez dentro de la cárcel también vemos nuestros derechos vulnerados constantemente. Por ejemplo, algunos días nos fuerzan a quedarnos en nuestras celdas, sin dejarnos salir al exterior. En otras ocasiones, y

aunque teóricamente lo tienen prohibido, los soldados entran a revisar las celdas por la noche: llegan en silencio, abren la puerta y, de repente, nos despertamos rodeados de militares enmascarados que nos esposan y se nos llevan, como si de un arresto se tratara.

Ante este tipo de opresiones, los presos tenemos nuestras formas de resistir. Estamos organizados, elegimos a nuestros líderes y tomamos decisiones colectivamente. Ante cualquier problema, la primera opción siempre es utilizar el proceso legal oficial para intentar resolverlo y, si esto no funciona, usamos estrategias gradualmente más fuertes para lograr nuestro objetivo y presionar a la administración. Acostumbramos a empezar negándonos todos a la vez a ingerir una comida y, si no nos hacen caso, mantenemos el ayuno durante veinticuatro horas. Al tercer o cuarto día sin respuestas, comenzamos a negarnos a salir y nos vestimos con atuendos que manifiesten que estamos listos para una confrontación. La forma de resistir más extrema que tenemos es la huelga de hambre. La utilizamos para causas importantes como pedir la libertad, cambiar leyes o reclamar mejores condiciones. Durante el tiempo en que nos negamos a comer, los israelíes intentan que volvamos a la normalidad y, si no lo hacemos, nos castigan. Una de las veces que hice huelga, por ejemplo, me llevaron a un cuarto oscuro de dos metros cuadrados con el techo muy bajo donde no había nada, ni siquiera un colchón. Cuando me trasladaron a ese lugar me dijeron que solo podría ir al baño dos veces al día y que serían ellos, los guardias israelíes, quienes escogerían cuándo. En ese momento decidí dejar también de beber agua durante cuarenta y ocho horas y con eso conseguí que me cambiaran de celda. No solo nos

castigan aislándonos en esas condiciones, sino que a veces también usan la violencia física: nos golpean o bien nos atan a una silla y nos meten una sonda por la nariz para alimentarnos. Este es un procedimiento muy peligroso, ya que pueden perforarte el estómago o insertarte líquido en los pulmones y matarte, como ocurrió con algunos presos en los años ochenta. Otra forma de penalizarnos es no dejarnos cambiar de ropa ni acceder a sal ya que, sin este mineral, moriríamos a los pocos días. Para superar este obstáculo, lo que hacemos es mojar la ropa que nos vamos a poner durante la huelga en agua con sal para que, cuando se seque, podamos extraerla chupando las prendas.

Las huelgas de hambre son efectivas porque mientras las mantenemos se organizan protestas fuera de la cárcel y, a veces, algunas organizaciones internacionales denuncian nuestra situación. Estas presiones del exterior hacia las autoridades israelíes logran que en ocasiones las personas reclusas recuperemos nuestros derechos. En mi caso, la huelga de hambre más larga que hice, gracias a la que conseguí que le pusieran fecha a mi liberación, duró cuarenta y dos días. Durante ese tiempo hubo muchas manifestaciones de apoyo a mi causa. Aunque me ayudaron a conseguir mi objetivo, esas protestas me traen malos recuerdos porque en una de ellas, poco antes de que me liberaran, mataron a Moataz, mi hermano.

La cárcel no es solamente dura cuando estás dentro: la salida también implica un arduo proceso. Los días posteriores a la liberación son muy emotivos ya que nos reencontramos con nuestros seres queridos y todo el mundo nos apoya. Sin embargo, pasadas un par de semanas, chocamos con la realidad. Tenemos que reorganizar toda

nuestra vida, encontrar otra vez trabajo o seguir estudiando, solucionar todo lo que no pudimos resolver desde la cárcel y, de algún modo, empezar de cero. A esto hay que sumarle la discriminación que sufrimos por parte de las instituciones palestinas ya que si no apoyamos al gobierno y, en especial, si pertenecemos a un partido de izquierdas o comunista, las dificultades se incrementan. En este caso, es mucho más complicado encontrar trabajo e incluso recibir a tiempo las ayudas económicas y el apoyo institucional al que supuestamente tenemos derecho al salir de la cárcel. Yo, por ejemplo, cuatro meses después de mi liberación, aún no había conseguido empleo.

Dejar la cárcel tiene muchas otras implicaciones. Cuando sales sientes emociones muy contradictorias: por un lado estás contento, pero por el otro estás dejando atrás a tus compañeros, con los que sabes que no te podrás comunicar durante años. Sientes impotencia y profunda tristeza por eso y por las injusticias que seguirán sufriendo ellos. Este sentimiento permanece dentro de ti durante mucho tiempo, queda atrapado en tu cabeza.

Además, vives constantemente con miedo de volver a ser arrestado. A muchas personas, cuando las sueltan, las dejan dos o tres meses libres y luego las vuelven a detener. En mi caso particular, tengo la certeza de que lo harán. Diez días después de salir de la cárcel me llamó el responsable de seguridad israelí en la zona para citarme. El encuentro duró solamente quince minutos. Me dijo: “No estoy aquí para negociar tu caso, solo te voy a hacer una advertencia: para nosotros eres un terrorista, sabemos que siempre piensas en actuar en contra del Estado de Israel y que no vas a cambiar, así que como máximo te vamos a dejar libre dos

meses. También estamos considerando otras opciones...". De esta última frase, me fue fácil deducir que podía acabar herido o muerto. "Cogedme ahora si queréis", les respondí. Pero me dijeron que no, que me fuera y que ya vendrían a por mí a su debido tiempo.

Este miedo a que nos vuelvan a arrestar tiene graves consecuencias para nuestra vida cotidiana y también para la de nuestras familias. La verdad es que cuando salimos de la cárcel lo que hacemos es entrar en una cárcel más grande. En una vida normal, la gente se quita la ropa para ir a dormir, pero yo no puedo hacerlo: tengo que estar preparado y vestido a todas horas por lo que pueda pasar. Tengo que tener la casa siempre lista, vigilando que no haya nada que los soldados puedan utilizar en mi contra. Mi madre, cuando está en la cama y escucha algún ruido alrededor, se levanta para comprobar que no vengan a buscarme. Es muy estresante para toda la familia vivir con esta sensación de que en cualquier momento pueden arrestarme, no solo por el hecho de que yo vuelva a prisión, sino porque los arrestos en sí mismos son devastadores. A mi nunca me detuvieron en mi casa, pero a algunos de mis hermanos sí. Durante las detenciones, los soldados llegan entre las tres y las cinco de la mañana, rodean la edificación para que nadie se pueda escapar y entran de forma violenta, a veces incluso rompiendo la puerta. A su paso por las casas, los soldados crean el caos y destrozan todo lo que pueden: entrar en un hogar después de un arresto es como estar en zona de guerra.

Las experiencias de los arrestos, de la vida en la cárcel y de las presiones a la salida son muy traumáticas y tienen consecuencias psicológicas graves: desde que salí, por ejem-

plo, me cuesta estar en una habitación cerrada, aunque sea en mi casa. Mucha gente no reconoce estas consecuencias, se las guarda y la van consumiendo por dentro. Yo soy de los pocos que habla de ello y, aun así, siento que hay muchas cosas que no puedo decir ni siquiera a mi familia. A veces, quienes hemos pasado por esto, nos olvidamos de que somos personas: dejamos a un lado nuestra humanidad para demostrar que somos fuertes y que podemos luchar contra la ocupación. Sin embargo, no somos invencibles.

A mí, el hecho de haber pasado por todas estas experiencias me dejó en el cuerpo la sensación de no tener miedo a nada. Creo que podría hacer cualquier cosa, por peligrosa que fuera. Siento que mi final va a ser pronto y sé cómo va a ser mi muerte, así que no tengo nada que perder. También sé que llegaré al final de mis días sin volver a tener una vida normal y sin haber podido superar las secuelas de la experiencia en la cárcel. La violencia, el miedo, las huelgas de hambre, los amigos que mueren, los mártires como mi hermano… me cambiaron por dentro y por fuera. Nunca volveré a ser la persona que era antes. Lo que intenta la ocupación es trasladar la cárcel de un lugar en el que vivimos a un lugar que vive dentro de nosotros.

El 10 de diciembre de 2018, pocas semanas después de que Ghassan nos contara su historia, fue arrestado de nuevo por el ejército israelí. Los soldados rodearon su casa a las tres de la madrugada, golpearon a su madre y a su hermano y se lo llevaron directamente a la cárcel sin ninguna justificación, en régimen de detención administrativa. Sus hijos pequeños, que se despertaron con los ruidos, temblaban de miedo. Aunque la gente del campo de Dheisheh intentó ayudarle, no pudieron hacer nada para impedir que se lo llevaran. Nosotras nos enteramos la mañana siguiente cuando su tío nos lo contó mientras desayunábamos juntos. Esa tarde, cuando fuimos a visitar a Najía, su madre, la casa estaba llena de café, comida, buen ambiente y personas que fueron a acompañar a la familia. Como ocurrió todas las veces que presenciamos desgracias en el campo, el día empezó triste y acabó teñido de calidez y humanidad.

Caminar herido

Mohammad Abu-Hussein es un estudiante de trece años de Jabila, Gaza, que perdió su pierna derecha después de que un francotirador israelí le disparara durante la Gran Marcha del Retorno. Fotografía cedida por Days of Palestine.

Cementerio de mártires de Dheisheh.

Sus ojos no apartan la vista de los nuestros, atravesándonos. Su mirada no descansa ni siquiera durante los silencios perfectamente medidos que deja después de contarnos las partes más oscuras de su historia. A medida que avanza, el ambiente se carga de emoción y nosotras vamos empequeñeciendo en nuestras sillas, sin saber cómo reaccionar a las imágenes que su relato dibuja en nuestras mentes.

Soy palestino, vivo en Dheisheh y fui herido por los soldados israelíes una noche en la que casi pierdo la vida y en la que asesinaron a uno de mis mejores amigos. Aunque fue el período más difícil de mi vida y es duro recordarlo, siento que hacerlo me fortalece.

En ese momento yo tenía dieciocho años y formaba parte del brazo armado de Fatah[6]. La segunda intifada estaba comenzando y el ejército israelí atacaba Palestina constantemente. Un día recibimos el aviso de que Dheisheh iba a ser asaltado.

Esperábamos que la ofensiva fuera parecida a las que habían sufrido anteriormente otros campos como el de Jenin[7], así que empezamos a preparar acciones para defendernos junto con otras organizaciones. El ataque tuvo lugar el 8 de marzo de 2002: alrededor de las once de la noche, más de cien jeeps con soldados israelíes se estaban acercando al área y en Belén había muchos tanques preparados para atacar. Pronto empezamos a escuchar helicópteros sobrevolando las inmediaciones del campo y fue en ese momento cuando decidimos prepararnos, situándonos en puntos estratégicos, para poder reaccionar a la ofensiva. A medianoche los jeeps y los tanques se ubicaron en Doha, la municipalidad situada en frente de Dheisheh, y empezaron

---

6 Fatah es el acrónimo del Movimiento Nacional de Liberación de Palestina. Es una organización político-militar que defiende la liberación de Palestina, fundada a finales de los años cincuenta por Yasser Arafat.

7 En 2001, el ejército israelí atacó el campo de personas refugiadas de Jenin durante veinticinco días, destruyéndolo por completo. Demolieron todas las casas, más de cincuenta personas fueron asesinadas y miles de ellas fueron arrestadas o heridas.

a dispararnos. No solo nos tiroteaban desde tierra, sino también desde el aire. Recuerdo perfectamente que eran las doce y media de la noche cuando los disparos aéreos me alcanzaron por primera vez.

En ese momento tan solo escuchaba balas, explosiones y gritos de mis compañeros pidiendo ayuda. Me quedé paralizado. La oscuridad de la noche me impedía ver lo que había a mi alrededor. Empecé a llamar a mis amigos para cerciorarme de que se encontraban bien. Dos de ellos, aunque heridos, seguían vivos, pero otro había muerto. Su cuerpo estaba partido en dos, le habían disparado en el centro de la cabeza con una bala de ochocientos milímetros que le atravesó el cuerpo. Sabía que el lugar en el que estábamos no era seguro, así que cogí en brazos a uno de mis compañeros, que estaba completamente ensangrentado y no se podía mover, para ponerlo a cubierto. Él era el hermano del mártir. Conseguí resguardarlo detrás de una gran roca y, en ese momento, escuché el segundo disparo aéreo. No entendía nada de lo que estaba ocurriendo; no sabía si iba a haber un tercer o incluso cuarto ataque, así que repté hasta la casa más cercana y entré en ella saltando un muro de dos metros.

Aún a día de hoy no sé de dónde saqué la energía para llegar tan lejos con todas las heridas que tenía en el cuerpo. En la casa expliqué a la familia lo que había pasado, pero no podían ayudarme a encontrar atención médica ya que los soldados israelíes no permitían el acceso a las ambulancias. Estuve cinco horas desangrándome hasta que, finalmente, autorizaron la entrada a los servicios sanitarios a cambio de que los médicos les dieran los nombres de quienes estábamos participando en el contrataque.

Llegué al hospital sobre las seis y media de la madrugada. De ese momento solo recuerdo mucha gente herida y otro mártir que había sido asesinado por un francotirador israelí en su casa. Las memorias que guardo de ese tiempo son muy borrosas por culpa de la gran pérdida de sangre: llegué a tener una presión sanguínea de cuarenta, muy inferior a la normal, que provocó que cayera en coma y que, por un momento, mi corazón dejara de funcionar. Los médicos intentaron reanimarme pero no lo consiguieron, así que me dieron por muerto, me llevaron a la cámara frigorífica y proporcionaron mi nombre a los medios de comunicación para que saliera en las noticias junto al de los otros mártires. Casi al mismo tiempo, hubo otro ataque en el campo de personas refugiadas de Aida y asesinaron a un chico y a una chica, cuyos cuerpos acabaron en la misma morgue que el mío. La persona que los había traído se dio cuenta de que mis dedos se movían y comenzó a gritar que yo aún estaba vivo, así que me llevaron a la Unidad de Cuidados Intensivos donde consiguieron finalmente reanimarme. Al día siguiente empecé a abrir los ojos y no entendía nada, no sabía ni quién era, ni dónde estaba, ni quienes eran las personas que había a mi alrededor. Tenía heridas por todas partes: mi madre llegó a contar ciento setenta y dos pedacitos de bala incrustados en mi espalda, mi cuerpo estaba totalmente vendado y mi mano estaba tan hinchada que parecía una montaña. De hecho, el doctor me dijo que tendrían que amputármela, pero mi tío se negó y no firmó el consentimiento. Conservo mi mano derecha gracias a él; a mí en ese momento me daba igual que me la cortaran, me daba igual seguir vivo o no. Aunque respiraba, estaba muerto.

Lo único que me importaba era saber dónde se encontraban mis amigos y, sobre todo, si el ejército se había llevado al compañero que había muerto a mi lado la noche anterior. A veces, los israelíes arrestan los cuerpos de los mártires para impedir que sus familias puedan enterrarlos y provocarles más sufrimiento, así como para beneficiarse económicamente vendiendo algunos de sus órganos. Por suerte, mis amigos estaban en otras habitaciones del hospital y el mártir, en la morgue. Cuando lo supe, empecé a agitarme y a gritar pidiendo verle, pero me dijeron que no me podía mover. Les dije a los doctores que me negaría a que me hicieran cirugías si no me dejaban estar con él una última vez, y así conseguí que me transportaran en la camilla hasta la cámara donde se encontraba. Cuando estuve delante de él, no lo pude reconocer. Me quedé congelado, no podía moverme, ni hablar, ni siquiera llorar. Todavía a día de hoy no puedo explicar esa sensación, fue demasiado dolorosa. Después de verlo, cuando volví a la habitación, mi lengua seguía bloqueada. Me pasé tres días sin ser capaz de hablar, comunicándome únicamente a través de lenguaje de signos con los médicos y con mis familiares. Mi mente seguía en shock. Desde ese momento llevo su foto en mi coche: quiero recordarle tal como era, no como ese cuerpo partido por la mitad que vi la última vez que estuve con él.

Con el paso de los días mi salud fue mejorando y la situación en Dheisheh también: el ambiente estaba más calmado y la mayor parte de las personas que lucharon contra los israelíes terminaron yéndose para no darles motivos para acabar de destruir el campo. Los soldados llegaban, buscaban a las personas de su lista y, al no encontrarlas,

se iban. Nos dejaron tranquilos durante varios días, pero pronto volvieron con un ataque que afectó a toda el área de Belén. Por aquel entonces yo ya podía levantarme y decidí no quedarme en el hospital porque sabía que si lo hacía vendrían allí a arrestarme y acabaría en prisión, así que me llevé material de primeros auxilios para limpiar las heridas y medicinas para calmar el dolor y me escapé con mis amigos a las montañas. Los ataques a Belén duraron cuarenta días, durante los que estuve sin atención médica; incluso tuve que sacarme yo mismo algunas piezas de bala de mi cuerpo.

Más adelante, cuando los ataques terminaron, pude empezar a cuidarme un poco físicamente. Me sometí a tres cirugías, dos de ellas en Jerusalén. Llegar al hospital no fue fácil ya que estoy en la lista negra israelí y no puedo solicitar permisos para ir a esta ciudad, por lo que tuve que llegar de forma ilegal, subiendo montañas y saltando el muro. Nadie de mi familia pudo venir a verme; de hecho, ni siquiera les conté nada a mis padres sobre una de las cirugías para no preocuparlos. Aun así, gracias a estas operaciones y a haber entrenado para no perder la movilidad de los músculos, mis secuelas físicas en la actualidad no son demasiado graves: mi mano tiene una capacidad de movimiento del 40% y todavía tengo algunos trozos de bala incrustados en el cuerpo. En general puedo vivir con normalidad, aunque a veces, sobre todo con el frío del invierno, siento como si alguien me estuviera administrando dolorosas descargas eléctricas en los lugares en los que las balas están cerca de los nervios.

De hecho, los soldados israelíes utilizaron este punto débil para torturarme dentro de la cárcel. Conocían mi

situación porque tenían espías en el campo que les proporcionaron datos de mi caso y, además, contaban con el registro de mi paso por el hospital. Utilizaron toda esta información para encontrarme, detenerme y maltratarme en la cárcel: durante los interrogatorios me ponían en habitaciones con aire acondicionado porque sabían cuánto dolor me causan las bajas temperaturas. Me encerraron durante ciento trece días solo en un cuarto oscuro y cada cuarenta y ocho horas me llevaban a la sala fría dejándome allí dentro, en ocasiones, más de tres días seguidos. Querían hacerme sufrir para que me rindiera y les diera información, pero nunca dije ni una palabra.

Soy capaz de aguantar el dolor físico intenso, incluso llegué a normalizarlo, como si fuera un dolor de cabeza rutinario. El problema es que estas experiencias me dejaron secuelas psicológicas que son mucho más difíciles de sobrellevar. Por ejemplo, cuando escucho helicópteros en el cielo tengo el impulso de escapar; puedo oírlos aunque estén a kilómetros de distancia. Este ruido genera un efecto inmediato en mi mente. También sueño despierto: a veces me vienen imágenes de esa época a la cabeza, como si estuviera viendo una película.

Aun así, siempre intento ser positivo y cada día que recuerdo el pasado siento que puedo y debo utilizar mi experiencia para ayudar a las nuevas generaciones, aconsejando a niños y niñas sobre cómo actuar si viven una situación similar en el futuro. Es importante compartir este conocimiento porque aquí la gente es lastimada constantemente, mi caso no es excepcional: desde la primera intifada y hasta el año 2016, 250.000 personas fueron heridas en Palestina, entre las que había 1.200 niñas y 5.800 niños de entre

doce y quince años. La situación es especialmente crítica en Gaza, donde el número de heridos y heridas asciende a 110.000, habiendo muchas víctimas de grandes ataques como el de 2014, que afectó a más de 10.000 personas en pocos días. Además, Gaza está asediada, es como una gran cárcel en la que no hay material médico ni siquiera para hacer cirugías. Por eso, muchas de las personas que necesitan atención especializada tienen que solicitar un permiso para cruzar a Egipto, que puede tardar en llegar hasta cuatro años. Las heridas suelen ser graves, y muchas dejan secuelas permanentes en la gente.

El ejército israelí usa métodos muy diversos para atacarnos, algunos de ellos prohibidos por la legislación internacional, como las balas expansivas, que al entrar en tu cuerpo explotan causando graves daños, o las bombas de fósforo, que al estallar se deshacen en miles de pedazos en el cielo, creando una especie de paraguas que abarca una amplia zona geográfica y puede herir a cientos de personas a la vez. Recientemente, en 2011, empezaron a implementar la técnica de disparar a gente joven en las rodillas; en Dheisheh hay cincuenta y dos niños que perdieron la pierna a causa de este tipo de ataques.

Hay que tener en cuenta que las personas heridas no solamente sufren durante los ataques, sino que después existe un largo y complicado proceso de rehabilitación y reinserción social. Muchas personas pierden la autonomía y es difícil para ellas encontrar un trabajo y reintegrarse en la sociedad. Además, el apoyo del gobierno a las personas heridas tiene muchas carencias. Estoy seguro de que si tuviéramos un buen servicio sanitario, muchas de las personas con discapacidad física a causa de los ataques no habrían

llegado a perder partes de su cuerpo. Hace un tiempo el ministerio de desarrollo social redujo las prestaciones monetarias que ofrecía a las víctimas: si antes para recibir un salario tenías que tener una discapacidad del 40%, ahora es del 50%. Como consecuencia, muchas personas perdieron su única fuente de ingresos. Esto ocurrió porque Estados Unidos recortó buena parte del presupuesto con el que contaba la Autoridad Palestina para las personas heridas y encarceladas después de que Trump anunciara que para él son terroristas y no tienen ningún derecho a recibir apoyo del gobierno.

La carencia de servicios por parte de las instituciones públicas motivó que un grupo de personas del campo creáramos, en 2005, una organización para los heridos y heridas que pretende apoyar física, social y psicológicamente a las víctimas de los ataques. Además, también redactamos informes sobre la situación de estas personas y sobre cómo es su vida en la sociedad. En la organización tenemos muchos casos de gente que ha conseguido seguir adelante y ahora tiene un negocio, una carrera o una vida más normalizada. Queremos transmitir que quienes fuimos heridos no somos héroes ni terroristas, sólo seres humanos que luchamos por nuestros derechos. Lo que importa es que seguimos vivos, que aprendimos de nuestra experiencia y que nos podemos ayudar entre nosotros y encontrar nuevas formas de resistencia.

Levantar muros

Parte del muro de Apartheid en Cisjordania

بلفور
Balfour
وعد
Declaration
العودة حق وإرادة شعب
Return is our Right and our Will
Global Palestinian Refugee Network
الشمس في غرفة مغلقة

Ahmad nos recibe en la oficina donde trabaja para concienciar a la comunidad local e internacional sobre las causas y consecuencias de la ocupación israelí. Su cabeza está llena de datos, estadísticas e historias que prueban la vulneración sistemática de los derechos de las personas palestinas. La dureza de lo que explica y su discurso técnico y razonado contrastan con su actitud cálida y risueña.

Mi nombre es Ahmad Lahham y soy un refugiado palestino del campo de Dheisheh, aunque mi familia es originalmente de un pueblo destruido que se llamaba Beit Utab. Actualmente trabajo en BADIL, un centro de investigación sobre los derechos de las personas refugiadas y residentes palestinas.

Nacer en un campo de personas refugiadas significó empezar a ser consciente del contexto colonial desde mi infancia. Tan solo tenía doce años cuando estalló la segunda intifada y los soldados israelíes empezaron a invadir, bombardear y atacar el campo constantemente. Crecer en estas condiciones me llevó a pasarme buena parte de mi vida tratando de entender nuestra situación a través de lecturas y largas conversaciones sobre el contexto en que vivimos y el sistema que Israel nos impone. En Dheisheh este tipo de charlas y discusiones son constantes: la excepcionalidad de las condiciones de los campos de personas refugiadas genera una identidad, un sentimiento de pertenencia y una politización de la gente que no existe fuera de ellos. Haber nacido aquí y haberme involucrado en espacios fuera del campo donde se trabajaban estos temas me ayudó a entender las políticas coloniales que Israel usa para oprimirnos y los relatos que genera para justificarse.

El gobierno israelí alega que solamente se defiende y lleva a cabo sus acciones contra el pueblo palestino apelando siempre a razones de seguridad. El régimen de Apartheid que nos imponen, los ataques, los permisos que tenemos que pedir para hacer cualquier cosa y el ambiente coercitivo en que vivimos son justificados de esta manera. Quizás el mejor ejemplo para ilustrar este hecho es la existencia del muro que separa los territorios ocupados en 1948, que

ahora son israelíes, de los palestinos. Según el sionismo, fue construido para preservar la seguridad de los israelíes, pero en realidad es la encarnación de la colonización. A través de su levantamiento consiguieron confiscar el 10% de la tierra de Cisjordania y también deshumanizar al pueblo palestino. Esta separación física implica que nos convirtamos en "los otros" para ellos: ahora somos esos salvajes, esos asesinos, esos terroristas que estamos detrás del muro. La deshumanización, homogeneización y estigmatización de las personas palestinas les es muy útil para convertirnos en el enemigo y reforzar la ideología sionista. Aunque la segunda intifada les sirvió como excusa perfecta para llevar a cabo este proyecto, la idea del muro ha estado presente en la literatura sionista desde hace casi un siglo.

Su existencia ha sido devastadora para nosotros. Muchas familias fueron divididas, ya que algunos miembros se quedaron dentro y otros fuera de él. Además, el impacto ambiental y estético que tiene es terrible: ¡imaginaos vivir rodeados por una gran construcción de cemento! Así mismo, ha afectado mucho a nuestra forma de desplazarnos por el territorio; si antes nos llevaba diez minutos llegar a un lugar a otro, ahora podemos tardar hasta dos horas.

El muro no es el único mecanismo que utiliza Israel para limitar nuestra libertad de movimiento: también instalaron puntos de control militar en toda Cisjordania para separar las áreas de control palestino de las de control israelí dentro del territorio[8]. Yo, por ejemplo, tengo que ir a Ramallah tres

---

8 El año 1993, Israel y la Organización para la Liberación de Palestina firmaron los Acuerdos de Oslo, que incluían una serie de medidas que pretendían ofrecer una solución permanente a lo que llamaron el conflicto palestino-israelí. A partir de ese momento, Cisjordania

veces por semana porque estoy estudiando un máster allí y en los sesenta kilómetros que tengo de camino atravieso tres puntos de control militar. Ayer terminé las clases a las cinco y acabé llegando a casa a las diez de la noche. Me llevó cinco horas volver. ¿Qué ocurrió? Pues que me pararon en los tres puntos de control y me retuvieron durante todo ese tiempo. Lo que pasa en estos controles es muy arbitrario: a veces nos piden el documento de identidad, a veces nos registran y otras simplemente nos retienen durante horas sin ni siquiera hablarnos. Los soldados que trabajan allí suelen ser adolescentes de dieciocho años que están haciendo el servicio militar obligatorio. Podemos ver en su mirada cómo disfrutan humillando a la gente palestina. Esa actitud no es accidental; a través de este tipo de impedimentos y humillaciones nos están diciendo: "estamos aquí y tenemos control directo sobre vuestras vidas".

No solo sentimos nuestra libertad coartada cuando queremos desplazarnos por el territorio, sino que Israel limita cada pequeño aspecto de nuestras vidas. Una de las políticas que utiliza para controlarnos es la de solicitud de permisos, que yo considero de las herramientas más peligrosas que ha instaurado el régimen colonial. Las personas palestinas tenemos que pedir autorización para todo: para ir al médico, construir una casa, cultivar nuestra tierra, repararla... para casi cada pequeño detalle necesitamos un permiso de la administración civil —que no es civil

---

quedó dividida en tres áreas: A, que abarca un 18% del territorio y está bajo total control palestino; B que engloba un 21% de la tierra y está bajo control civil palestino y control militar israelí; y C, que supone el 61% del territorio restante y está totalmente controlada por Israel.

en absoluto ya que está dirigida por la inteligencia militar israelí—. ¿Sabéis cuántos tipos de autorizaciones diferentes nos imponen? Más de cien. Para que entendáis hasta qué punto nos afecta esta política, intentad poneros en la piel de un agricultor palestino. Si queréis regar vuestros cultivos, tenéis que pedir un permiso israelí. Lo más normal es que no os lo concedan, pero supongamos que lo hacen. Después, para hacer un agujero en la tierra y retener el agua, necesitáis otra autorización y, si os la dan, tenéis que volver a solicitar otra licencia para usar la maquinaria necesaria, y así sucesivamente. Imaginaos una vida en la que solo para traer agua a vuestra finca tenéis que gestionar veinte o treinta solicitudes de permisos que probablemente vayan a ser denegadas: ¿cómo os vais a dedicar a la agricultura si ni siquiera podéis regar vuestras plantas? ¿Porqué seguir viviendo así? ¿Por qué no irse?

En mi caso, yo nunca solicito permisos, ya que considero que hacerlo supondría aceptar el sistema. Además, aunque quisiera, no podría obtener ningún tipo de autorización porque estoy en su lista negra. Estar en esta lista implica que no te van a conceder absolutamente nada, ni siquiera permiso para ir a un hospital de su territorio, aunque estés enfermo y necesites un tratamiento especializado. No conocemos todos los criterios que siguen para decidir quién forma parte de la lista negra. Por supuesto, si hemos estado en prisión estamos automáticamente bloqueados, igual que si alguien de nuestra familia ha estado en la cárcel, ya que utilizan esa clase de castigo colectivo que nos afecta sólo por haber nacido en una determinada familia, independientemente de nuestras acciones individuales. También nos bloquean si hemos sido heridos por un

soldado: sí, nos castigan por ser víctimas. Además, hay mucha gente que está en esta lista sin saber por qué, sin recibir una explicación razonable que lo justifique.

Todos estos impedimentos y dificultades para movernos, construir, conseguir permisos y tener una vida normal forman parte de la exhaustiva estrategia del sionismo para desplazar forzosamente a todos los palestinos y palestinas. En lugar de meter a la población en camiones y llevársela directamente, crean este ambiente coercitivo para fomentar que nos vayamos por voluntad propia.

Mientras que el régimen sionista nos oprime de esta forma para que abandonemos nuestras tierras, las va ocupando a través de la construcción de nuevos proyectos coloniales como bases militares, colonias judías y lo que ellos llaman "parques nacionales". A estos espacios hay que sumarles los 1600 kilómetros de carreteras que conectan las colonias entre ellas y el resto de tierra ocupada en 1948. Actualmente, visto sobre un mapa, los territorios palestinos son pequeñas islas rodeadas de un mar de tierra usurpada por Israel.

Todo esto forma parte de un plan colonial que pretende que la cantidad de población judía en el área acabe superando a la palestina. Para llevarlo a cabo, ocupan sistemáticamente las tierras de la población local, provocan su desplazamiento forzoso y después traen a judíos de alrededor del mundo para que se muden a estos lugares. Para convencer a los nuevos habitantes, el Estado de Israel les ofrece grandes cantidades de dinero y muy buenas condiciones de vida: les dan de forma gratuita casas grandes y confortables, protección las veinticuatro horas del día, salario sin necesidad de trabajar... Tienen a su disposición

todas las infraestructuras, servicios y recursos naturales imaginables, muchas veces a costa de que en las zonas palestinas carezcamos de ellos. Por ejemplo, los colonos disponen de veinte veces más de agua que los palestinos, quienes, en ocasiones, llegamos a pasarnos cuarenta días sin poder llenar nuestros tanques.

El sionismo consiguió que actualmente haya más de 750.000 judíos viviendo en Cisjordania. Por si la ocupación de nuestra tierra y nuestros recursos no fuera suficiente, los colonos atacan constantemente a la población local con la complicidad y protección del Estado y el ejército israelí. Para ello utilizan métodos muy diversos. A veces usan la violencia física extrema: por ejemplo, en 2015, un grupo de colonos quemaron a una familia entera cerca de Nablus. Otras veces, abren su agua sucia dejando que caiga sobre los poblados palestinos, agujerean nuestros tanques de agua o talan los olivos de los agricultores locales, dejándoles sin su principal fuente de ingresos. Ante estos ataques, nosotros no podemos defendernos: si agrediéramos a un judío asentado en Cisjordania, seríamos asesinados o encarcelados al instante. Sin embargo, si el ataque proviene de los colonos, no ocurre nada. En Hebrón, por ejemplo, el colono que asesinó sin ningún motivo al palestino Ammar Sharif se pasó dos meses en prisión y después fue liberado. En cambio, si un palestino da una bofetada a un colono que está atacando su casa se puede pasar cinco o seis años en la cárcel. Así, aunque resistir es un derecho reconocido por la legislación internacional, Israel usa todos los métodos posibles para reprimir la resistencia palestina.

Junto con la supresión de este derecho, Israel también usa propaganda centrada en el odio y la deshumanización.

Este tipo de discurso es muy útil, no solo para justificar sus crímenes, sino también para mantener unida a la comunidad israelí. Hay que tener en cuenta que este país solo existe desde hace setenta años y que las personas que viven allí provienen de más de ciento cuarenta países y culturas diferentes. Así, lo que les mantiene unidos no son sus similitudes, sino el hecho de tener un "enemigo" común. También es mucho más fácil para ellos, bajo este argumentario, permanecer en la ignorancia y disfrutar de los privilegios que les dan en nuestra tierra: ¿por qué tendrían que preocuparse de lo que pasa al otro lado del muro si quienes están dentro son terroristas?

Esta constante propaganda racista es emitida por el mismo gobierno israelí. Por ejemplo, en 2015, Ayeled Shaked, ministra de justicia, abogó públicamente por matar a las madres palestinas, literalmente con estas palabras: "Tienen que morir y sus casas deben ser demolidas. Ellos son nuestros enemigos y nuestras manos deberían estar manchadas de su sangre. Esto también se aplica a las madres de los terroristas fallecidos. [...] Deberían desaparecer junto a sus hogares, donde han criado a estas serpientes. De lo contrario, criarán más pequeñas serpientes".

La discriminación hacia las personas palestinas está presente en todas las esferas: en la constitución israelí hay más de cuarenta leyes que nos discriminan. La última salió en julio de 2018, cuando el Knésset[9] aprobó la Ley de Nacionalidad Israelí, según la cual esta tierra es solo para judíos. Esta ley, además, recalca que el derecho al retorno y a la autodeterminación existen solo para el pueblo judío

9 Parlamento Israelí.

y pretende prohibir la utilización de la lengua árabe en la esfera pública. Este tipo de decretos, que existen desde la fundación de Israel, lo convierten en un Estado de Apartheid, donde un determinado colectivo etnoreligioso disfruta de más privilegios, mientras que otro grupo es segregado, discriminado y recibe violencia institucional sistemáticamente. Esto es devastador, y no solamente para quienes habitamos Cisjordania. Las personas árabes que viven dentro de Israel también ven sus derechos vulnerados constantemente: las empresas les pagan por el mismo trabajo el 30% menos que a las judías, encontrar piso para vivir o trabajo es casi imposible para ellas, etc. Y si nos vamos a Gaza, la opresión israelí es mucho peor: la franja lleva doce años bajo asedio. Allí, el 95% del agua no es potable y la tasa de desempleo es del 65%, la más alta del mundo. Los gazatíes se están muriendo de hambre y cuando van a protestar al muro y piden su derecho al retorno, son asesinados y acusados de terrorismo.

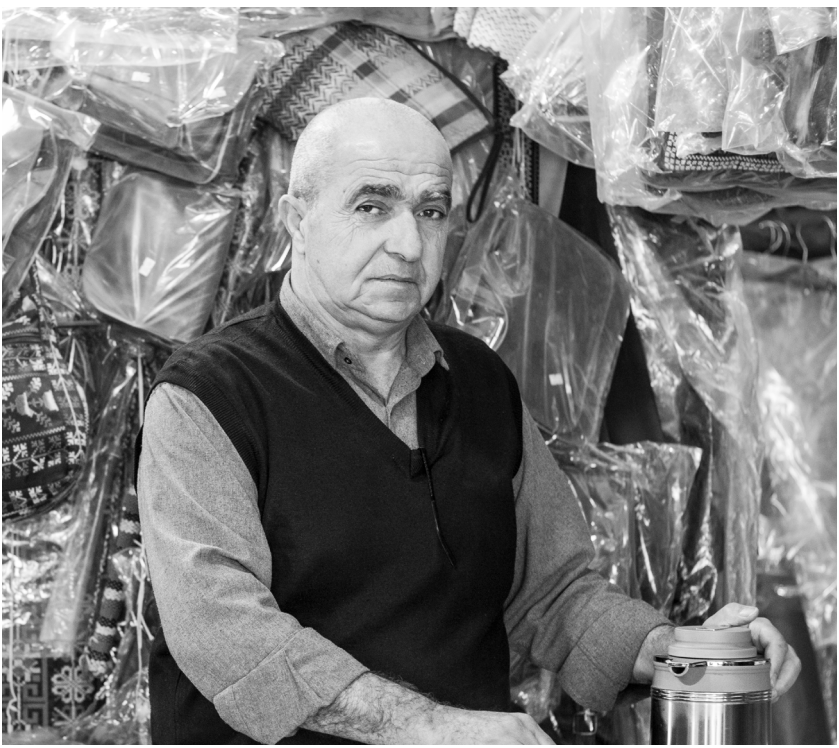
Además, no nos olvidemos de los ocho millones de personas refugiadas palestinas de aquí y de la diáspora: su sufrimiento también es responsabilidad de Israel. Al negarles el derecho a retornar a sus tierras, muchas de ellas están viviendo en condiciones inhumanas en campos de personas refugiadas de países vecinos. Yo, por ejemplo, tengo familia en Jordania y nunca la pude conocer porque no se les permite venir aquí. Además, algunos de estos países fronterizos también están sufriendo conflictos internos, como es el caso de Siria, y parte de la población refugiada palestina que vivía allí se vio obligada a escaparse de nuevo. Imaginaos una vida teniendo que huir repetidas veces para sobrevivir.

Así, todo el pueblo palestino sufre la colonización israelí sin importar su localización geográfica. A todo esto hay que sumarle que la comunidad internacional no está cumpliendo su obligación de proteger a las personas palestinas y velar por sus derechos. Nadie responsabiliza a Israel por las atrocidades que cometen hacia nosotros ni por el crimen del Apartheid, sino al contrario: la comunidad internacional lo recompensa proporcionándole total impunidad.

A pesar de lo oscuro que es el presente, yo nunca he perdido la esperanza, sé que esto se acabará en algún momento. Esta tierra va a ser descolonizada y vamos a construir un futuro en ella después del retorno de los refugiados y refugiadas, de las compensaciones necesarias y de la construcción de instituciones justas.

Trabajar encerrado

Calle del centro de Hebrón. La reja que la cubre separa el mercado palestino del asentamiento judío que se encuentra en el segundo piso.



Los llamativos colores de los productos de su tienda y el olor a té con especias envuelven la presencia de Munir. En su pequeño local, un grupo de extranjeros escuchan atentos la historia de la ciudad. El ambiente cálido y hogareño de este lugar contrasta con la hostilidad del exterior, donde una calle solitaria es vigilada por militares que controlan quién puede transitarla y quién no.

Me llamo Munir y nací en Hebrón[10]. La tienda en la que trabajo, que está situada cerca del centro de la ciudad, la heredé de mi padre, y él de mi abuelo. Desde que empecé a trabajar aquí han pasado ya cincuenta años y en ese tiempo he sido testigo de cómo el régimen sionista ha intentado destruir nuestra economía a través del bloqueo del área, el cierre forzoso de tiendas y las progresivas limitaciones de movimiento en la zona.

Hace años este sector era uno de los más potentes económicamente de la ciudad: siempre había movimiento, todo el mundo era libre de caminar por donde quisiera y teníamos muchos clientes. Sin embargo, todo cambió en 1988, a principios de la primera intifada. En esa época las manifestaciones eran constantes y muchas personas fueron arrestadas, heridas y asesinadas por el ejército israelí. La revuelta culminó con la firma de los Acuerdos de Oslo y, a partir de ese momento, Hebrón quedó bajo el control del ejército sionista.

Los Acuerdos de Oslo fueron muy controvertidos; hubo personas inconformes con lo que allí se decía que llevaron a cabo acciones violentas después de su firma. Una de ellas tuvo lugar en Hebrón, en febrero de 1994, cuando un soldado americano-israelí entró en la mezquita de Abraham[11] durante el primer rezo del día, mató a veintinueve palestinos e hirió a

---

10 Hebrón (Al Khalil en árabe) es la ciudad más grande de Cisjordania y la única que tiene asentamientos judíos dentro.

11 La mezquita de Abraham es uno de los lugares más sagrados tanto para musulmanes como para judíos ya que, según ambas religiones, en el recinto se encuentran tres tumbas gemelas en las que están enterrados los patriarcas y matriarcas bíblicos: Abraham-Sara, Isaac-Rebeca y Jacob-Leah.

otros ciento cincuenta. Al autor del crimen lo mataron dentro del templo y decenas de personas más fueron asesinadas por los soldados que rodeaban la mezquita mientras intentaban escapar. Después de esa masacre, el ejército israelí obligó a los supervivientes a limpiar la sangre y los restos de sus compañeros y cerró la mezquita, la ciudad vieja y la principal calle comercial durante seis meses, acabando con toda la actividad económica en el área. Durante ese medio año fue imposible para cualquier persona palestina que viviera o trabajara en la ciudad vieja abrir su tienda o abandonar el área; la gente solo podía salir un día al mes para ir a comprar comida. Cuando reabrieron la zona se produjeron muchos cambios. La mezquita se dividió en dos partes, manteniéndose una de ellas como mezquita mientras que la otra fue convertida en sinagoga, y la ciudad de Hebrón también quedó dividida en dos zonas: H1 y H2. H1 abarca el 80% del territorio y está bajo control de la Autoridad Palestina, aunque la realidad es que el ejército israelí tiene mucho poder en esa área, mientras que H2, que representa el 20% restante del territorio, está totalmente controlada por Israel. Aunque el área palestina es mucho mayor, el 20% israelí está localizado en un punto estratégico: el centro de Hebrón, que era la principal área comercial palestina y, además, la zona que hay que atravesar para ir de un lado a otro de la ciudad.

Hebrón es un laberinto. Además de estas dos divisiones principales, H2 en sí misma está partida en tres áreas. En la primera hay tiendas palestinas en la parte baja, mientras que en el segundo piso viven colonos israelíes; esas calles están cubiertas por una especie de valla horizontal que protege los habitantes palestinos de los objetos y deshechos que los colonos tiran desde arriba. En la segunda zona, las calles son

transitadas por ambos grupos y hay soldados por todos lados. En la tercera, solo viven israelíes y la entrada está prohibida a personas palestinas, árabes y musulmanas.

La situación en Hebrón empeoró aún más durante de la segunda intifada. Poco antes de que empezara, en el año 2000, Israel decidió cerrar por completo la calle Shuhada, una de las más comerciales, y también el mercado de la ciudad vieja. Durante ese tiempo, más de ochocientas tiendas palestinas se vieron obligadas a cerrar y a los vendedores no nos quedó más remedio que buscar trabajo en otros lados: en mi caso, recuerdo que cargaba mi mercancía en el coche, me iba a los mercados públicos e intentaba vender en la calle.

La zona estuvo clausurada durante cinco años. Cuando la reabrieron, en 2005, muchas personas no pudieron volver a trabajar en sus tiendas porque el movimiento comercial había muerto, ya que la gente tenía miedo de ir al centro después de todo lo que había pasado allí durante las revueltas. Además, los israelíes instalaron veintiún puntos de control militar permanentes en todas las entradas al área H2 y, en consecuencia, acceder a la ciudad vieja se volvió muy complicado. Aunque la zona antigua volvió a abrir, la calle Shuhada continúa siendo casi en su totalidad de acceso exclusivo para los israelíes, a excepción del pequeño tramo en el que se encuentra mi tienda. En esta calle, solamente seis vendedores conseguimos permiso para reabrir nuestros negocios. Sin embargo, a día de hoy solo quedamos tres, ya que con el tiempo la mitad de los propietarios tuvieron que cerrar porque las dificultades para transitar la calle desfavorecen la economía y ya no es posible sustentar a una familia grande con lo que ganamos aquí. Yo la puedo mantener abierta porque mis hijos ya son mayores, trabajan y pueden

ayudarme; mi familia es pequeña y con lo que gano puedo sobrevivir, pero en otras circunstancias probablemente no podría quedarme aquí. Antes de 1988 llegamos a ser hasta cuatro personas trabajando, mientras que ahora estoy solo y me paso la mitad del tiempo tomando té y café en la tienda y contando esta misma historia a extranjeros que pasan por aquí. Ni siquiera puedo decirle a mi hijo que me ayude con el negocio familiar porque los beneficios son ínfimos y no le alcanzarían para sobrevivir.

Los cambios que nos han llevado a vivir así en Hebrón han sido muy progresivos y confusos; las áreas a las que no podemos acceder fueron aumentando poco a poco con el paso de los años, casi sin que nos diéramos cuenta. Esta calle es un muy buen ejemplo de la forma en que funciona la ocupación. Al principio la cerraron unos años, luego la reabrieron, pero dividiéndola con un muro de setenta centímetros de alto. El levantamiento del muro lo justificaron alegando motivos de seguridad pero, ¿de qué te protege una pared que puedes cruzar tan solo levantando la pierna? La realidad era que nos querían dificultar la vida: la separación dejaba un pequeño corredor para los palestinos mientras que la mayor parte de la calle quedaba para los israelíes. Además, los establecimientos palestinos estaban en el lado israelí, así que mis clientes ni siquiera podían acceder a la tienda. Finalmente lo derribaron, pero establecieron un régimen de permisos. La situación actual, aunque ya sin muro, sigue siendo igual de confusa: solo quienes tienen autorización pueden acceder a esta calle. Entonces, ¿se considera que está abierta o cerrada? Está abierta y cerrada a la vez, dependiendo de a quien se lo preguntes. Juegan con este tipo de ambigüedades para hacernos la vida imposible.

También quieren hacernos sentir que controlan todos nuestros movimientos: en H2 tenemos 111 controles militares, 155 torres de vigilancia y 250 cámaras de vídeo. Además, hay miles de soldados para proteger a unos pocos cientos de colonos, de los cuales solo 100 viven permanentemente en la ciudad. El resto tienen una segunda vivienda y solo se acercan a esta área, los viernes y los sábados —los días santos judíos—. Algunas de estas medidas de seguridad son muy absurdas: por ejemplo, para llegar a la mezquita tenemos que atravesar dos controles militares entre los que solo hay cinco metros de distancia. Si ya nos han registrado una vez, ¿por qué vuelven a hacerlo al instante? ¿Por qué tiene que haber soldados israelíes controlando nuestra mezquita? Es como si os inspeccionaran cada vez que queréis entrar en casa.

Nuestra vida depende completamente de las decisiones de los israelíes: ahora estamos aquí sentados en la tienda, pero en cualquier momento pueden venir y obligarme a cerrarla. En muchas ocasiones ni se acercan aquí, me gritan desde fuera que tengo que irme y yo no puedo hacer nada para evitarlo. Otras veces no puedo ni acceder al área porque cierran los puntos de control militar. Estas constantes restricciones solo tienen una razón de ser: meternos presión para que nos vayamos del área y poder, así, decir que nos fuimos por decisión propia, que ellos no nos echaron.

A pesar de estas difíciles condiciones, yo mantengo mi tienda abierta porque ¿qué otra cosa podría hacer? Quiero seguir trabajando, no quiero quedarme en casa tirado en cama. Este es mi lugar, mi vida, y quiero continuar a pesar de las adversidades.

Reconstruir un hogar

Casa demolida en Al Walaja, Cisjordania.

El lugar huele a cemento fresco y a polvo. Las patas de nuestras sillas reposan sobre un suelo a medio hacer, y los sonidos de martillos, palas y taladros se entremezclan detrás de las paredes metálicas que nos rodean. El hueco de la aún inexistente puerta permite vislumbrar una explanada cubierta de bloques de hormigón quebrados, hierros y muebles rotos que conforman las ruinas del anterior hogar de Ilham y su familia.

Mi nombre es Ilham Issa Abu Kheara y soy de Al Walaja[12], un pequeño pueblo cercano a Belén. Mi casa fue demolida hace dos meses por el ejército israelí.

En Al Walaja vivimos en unas condiciones muy difíciles debido al interés de Israel por ocupar el pueblo: sufrimos ataques constantes de los soldados y estamos rodeados de controles militares que el ejército bloquea cuando quiere, dejándonos encerrados. Además, conseguir un permiso de construcción por parte de la autoridad israelí es casi imposible y las demoliciones de casas erguidas sin autorización son constantes. Por ejemplo, la casa de mi cuñado ha sido demolida ya cinco veces.

Antes de construir nuestra casa vivíamos en Beit Jala, una de las municipalidades de Belén, en el piso de los padres de mi marido; ellos viven en un apartamento de cincuenta y cinco metros cuadrados y nosotros somos cinco personas, por lo que casi no teníamos espacio. Por eso, en enero de 2017 decidimos intentar construir nuestro hogar en el terreno que poseemos en Al Walaja. Pedimos permiso a la corte israelí, pero, como al resto, nos fue imposible

---

12 Al Walaja es un pueblo palestino que fue ocupado por el ejército israelí durante la guerra de 1948, lo que provocó la pérdida del 70% de su territorio y el desplazamiento de la mayor parte de sus habitantes hacia la ciudad de Belén y sus campos de refugiados. Después de la guerra de los seis días, en 1967, Israel se apropió de casi la mitad de la tierra restante. A partir de los años 70, parte de la población empezó a retornar a esta zona, pero muchos mantuvieron su estatus de refugiados porque no pudieron volver a las que eran sus casas, ya que la mayor parte de la tierra fue anexionada a Jerusalén y permaneció bajo el control israelí. Por ello, la población se concentró en el espacio que quedaba.

conseguirlo por más dinero que ofreciéramos. Nosotros sabíamos que edificar sin autorización suponía arriesgarnos a sufrir una demolición y, aun así, estábamos convencidos de que queríamos seguir luchando por nuestro terreno. Levantamos la nueva casa tan rápido como pudimos: en diez meses estaba lista para ser habitada. Sin embargo, antes de acabarla nos informaron de que Israel había tomado la decisión de destruirla por vía administrativa[13]. Estos dictámenes son casi como si Dios decide que tienes que morir: no puedes hacer nada para evitarlo.

Para informar sobre estas órdenes de demolición, los soldados cuelgan un papel en las puertas de las casas: si los propietarios lo ven pronto, tienen veinticuatro horas para acudir a la corte y presentar una reclamación pero, de lo contrario, la demolición se efectúa automáticamente. Nosotros tuvimos suerte de enterarnos a tiempo y contratamos a un abogado noruego para que nos llevara el caso. Fuimos pasando de un tribunal a otro: empezamos por el de Jerusalén, nos derivaron al central y finalmente llegamos a la corte suprema, que decidió demolerla en agosto de 2018.

En la corte nos dijeron que teníamos veinticuatro horas para abandonar nuestro hogar antes de que lo destruyeran y que, en caso de necesitar más tiempo para la mudanza, debíamos pagar cincuenta mil shekels antes de las siete de la mañana. El abogado consiguió reducirlo a treinta mil shekels, que pagamos rápidamente para tener más margen de actuación. Ese dinero era, teóricamente, para

13 Las decisiones administrativas implican que la orden de demolición no procede del gobierno, sino del ejército.

cubrir las tasas del abogado y del procedimiento judicial, pero en realidad con él estábamos costeando la maquinaria para que demolieran nuestra propia casa. A nosotros nos engañaron y nos hicieron pagar por lo que no era, pero normalmente lo que hacen es dar a elegir a los propietarios entre demoler la casa con sus propias manos o pagar los costes de la demolición para que sea el ejército israelí quien lo haga. Las cifras a abonar suelen ser elevadísimas y, si no pagan, les encarcelan.

En ese momento no sabíamos cuánto tiempo nos iban a dar, pero finalmente tan solo nos concedieron doce días de prórroga. Durante esos días de espera e incertidumbre, e incluso antes de recibir la resolución, vivía aterrada todo el tiempo. Me daba miedo salir de casa y nunca pasaba más de dos días fuera porque temía que los soldados viniesen a dar la orden de demolición o que destruyeran la casa mientras estaba vacía. Siempre tenía preparada nuestra ropa y el material escolar de las niñas en una bolsa de plástico para poder llevárnosla inmediatamente si pasaba algo. Solía pasar buena parte del día esperando en la entrada de mi casa. En ese momento aún conservaba cierta esperanza de que cambiaran su decisión, pero toda se desvaneció la mañana del 3 de septiembre de 2018, cuando llegaron varios soldados a echar un vistazo al área; en ese momento supe que era el final, que era nuestro último día allí. Mi marido y yo nos pasamos todo el día y parte de la noche esperando a que llegaran las excavadoras mientras nuestras hijas dormían. A medianoche los soldados empezaron a aglomerarse en la entrada del pueblo y a las tres y media de la mañana se acercaron y les dijeron a los vecinos que no salieran de sus casas. Mucha gente, aun así, quiso proteger nuestro hogar

y se metió dentro para que no pudieran destruirlo. Ante esta situación, los soldados pidieron refuerzos y empezaron a arrestar gente, tirar gas lacrimógeno, disparar… Esa noche, más de veinte personas resultaron heridas y algunas acabaron encarceladas.

Una vez disuelta la resistencia, los soldados nos obligaron a abandonar el edificio sin dejar que cogiéramos nada; aunque ya teníamos preparada ropa y algunas mantas para llevarnos, se nos quedaron dentro muchos documentos y pertenencias. Cuando salimos, las excavadoras iniciaron la demolición. Yo llevé a mis hijas a la casa de mi cuñado porque no quería que fueran testigos de cómo destruían su hogar. La casa ya estaba en ruinas cuando volvieron, pero los soldados seguían allí, así que pudieron ver cómo se reían, cómo ostentaban sus armas y actuaban como si hubieran ganado algo. Nosotras lloramos y les gritamos a los militares que construiríamos la casa otra vez. Sentimos mucha impotencia, realmente no pudimos hacer nada para impedirlo. Fue demasiado duro.

Cuando todo terminó, nos quedamos aquí tres días viviendo en una tienda de campaña: sentíamos que, aunque nuestra casa estuviera destruida, no podíamos irnos. Finalmente acabamos mudándonos con mis padres. Una semana después de la demolición las niñas seguían sin ir a clase. Todos nos sentíamos fatal y teníamos miedo en el cuerpo: cada vez que escuchábamos un ruido fuera pensábamos que las excavadoras volvían para destrozar más cosas.

Poco a poco fuimos sacando las ruinas del terreno porque los escombros y los hierros eran peligrosos para las niñas y el hecho de ver la casa destrozada nos hacía mucho daño.

La demolición nos afectó psicológicamente a todos los miembros de la familia, pero en especial a nuestras hijas, que tan solo tienen tres, cinco y ocho años. La grande ya empieza a entender lo que ocurre, pero la mediana es la que peor lo lleva: no exterioriza su dolor gritando o llorando, sino que se aísla, se lo guarda dentro y esto le causa muchos problemas.

La situación de Al Walaja mata la infancia de nuestros hijos e hijas. No dejan de pensar que los soldados van a venir, que la casa va a ser demolida, que el área va a ser bloqueada… En seguida empiezan a visualizar los límites de su vida y su futuro, y reaccionan a esta realidad de formas muy diferentes. Mi sobrino, por ejemplo, alarga las horas de sueño más de lo normal para no ver a los soldados alrededor, para que no le molesten o le asusten. Algunos duermen abrazados a su mochila del colegio para no perderla si pasa algo. Otros tratan de resistir y reaccionan persiguiendo a los militares y tirándoles piedras cuando rondan el área; aunque sepan que es peligroso porque pueden contraatacar con gas lacrimógeno y con mucha violencia, es su forma de expresarse. Vivir en este ambiente es muy traumático para ellos y las consecuencias de esta experiencia no se pueden trabajar fácilmente a través de programas especializados, porque esto no es una situación pasajera, es algo que viven y ven constantemente. Aun así hablamos con ellos, tratamos de explicárselo, discutimos sobre la ocupación, sobre la infancia y sobre sus necesidades, tratamos de hacerles jugar y de normalizar su niñez… pero es muy difícil.

Si seguimos resistiendo y reconstruyendo nuestras casas no solo es por nosotros, sino también por todos estos niños y niñas: esta es su tierra, sus raíces y, en definitiva, el legado

que les queremos dejar cuando crezcan. Ahora estamos construyendo dos cabañas de pared metálica al lado de nuestra antigua casa para poder volver. Hace cuatro días, los soldados trajeron órdenes de demoler estos dos precarios refugios que pretendemos habitar a partir de ahora. Si finalmente no los destruyen, intentaremos construir la casa de nuevo en abril, aunque no va a ser fácil. Sabemos que reconstruirla es muy arriesgado porque puede volver a suceder lo mismo. Además, edificar cuesta mucho dinero: necesitamos solicitar un préstamo cada vez que queremos hacerlo y, aunque la casa sea demolida, tenemos que seguir pagando la deuda de lo que nos costó levantarla.

Sin embargo, hacerlo es nuestra forma de resistir ante la ocupación. El gobierno israelí usa muchas estrategias para apropiarse de la zona y echar a todas las personas palestinas de aquí. Además de las denegaciones de permisos y las demoliciones, tienen una ley según la cual se pueden apropiar de los territorios vacíos así que, si nos vamos, sabemos que van a ocupar nuestras tierras. Marcharnos, dejar de intentar vivir aquí, dejar de construir una y otra vez, es regalarles un lugar que nos pertenece desde hace muchas generaciones. Mis padres, mis abuelos, mis bisabuelos… todos mis antepasados nacieron y crecieron en este sitio. Tenemos muchas raíces en el pueblo y todo el derecho a habitarlo: todo el mundo debería poder seguir viviendo en el lugar donde nació. Además, es la única opción que nos queda, ya que no poseemos ningún otro terreno, no podemos construir una casa en otro sitio, y vivir en el apartamento de la familia de mi marido no es viable. Todo lo que podemos hacer es quedarnos, perseverar y seguir luchando por salvar nuestra tierra de la ocupación.

Nos mantendremos firmes, esperando que la situación se solucione y que, algún día, vivir en una casa sin miedo a que nos la destruyan deje de ser un sueño. Creo que para ello hace falta que algunos de los gobiernos de alrededor del mundo tomen su parte de responsabilidad en esto y se posicionen en contra de la política de permisos y demoliciones de Israel. Dudo que lo consigamos sin el apoyo internacional.

No obstante, mientras la situación no se arregle a gran escala, nosotros seguiremos luchando y asumiendo las posibles pérdidas que esto nos suponga. Por ahora seguimos habitando nuestra tierra, nuestro pueblo. No nos han ganado, no han conseguido echarnos, aunque sabemos que la batalla no ha terminado.

Llenar las calles

Manifestación durante el setenta aniversario de la Nakba en Belén.
Fotografía cedida por: Musa Alshaer.

Interior de la casa de Fátima.
El cuadro que sostiene contiene la imagen de su hermano mártir.

Al entrar en la casa, el sonido de la lluvia del exterior se debilita y se fusiona con el ruido de fondo de una televisión que retransmite, en árabe, discursos religiosos y noticias sobre las últimas demoliciones en Cisjordania. Fátima nos recibe estrechándonos las manos con la misma fuerza con la que luego nos cuenta su historia, entre rezo y rezo, sin que ni siquiera le tengamos que hacer preguntas. Tiene ganas de hablar, y se expresa con tanta claridad que provoca que sintamos en nuestra propia piel la dureza de lo vivido y sus ansias de resistencia. Al irnos, se despide con regalos y con gestos de gratitud a los que apenas sabemos cómo responder.

Me llamo Fátima y soy originalmente de Deir Rafat, un pueblo que ahora forma parte de los territorios ocupados de 1948. Tan solo tenía cuarenta días cuando ocurrió la Nakba y mi familia se vio forzada a desplazarse a Dheisheh. En la actualidad vivo en Doha, una municipalidad de Belén que está enfrente del campo. Mi vida ha estado marcada por las muertes y encarcelamientos de mis seres queridos por parte del ejército sionista y eso provocó que me involucrara mucho en la resistencia contra la ocupación israelí.

Aunque llevaba toda la vida sufriendo las consecuencias de la ocupación, mi realidad se endureció mucho durante la Guerra de los Seis Días[14]. En esa época mi familia vivió otra Nakba: mi marido y mi hermano Alí combatieron en la guerra, y este último desapareció seis meses durante los que no tuvimos noticias de él. Con el tiempo, acabamos enterándonos de que estaba encarcelado en Ramallah y de que lo habían condenado a siete vidas[15] en prisión. Empezamos a hacer viajes hacia donde se encontraba, pero el régimen sionista nos ponía muchos impedimentos para verle. Poco después de su encarcelamiento, otros dos hermanos míos fueron asesinados. Uno de ellos fue de las primeras personas que enterraron en el cementerio de los

---

14 La Guerra de los Seis Días fue un conflicto bélico que se produjo entre el 5 y el 10 de junio del 1967, entre Israel y una coalición árabe formada por Egipto, Irak, Siria y Jordania. Al finalizar el conflicto, Israel había conquistado la península del Sinaí, la Franja de Gaza, Cisjordania, Jerusalén Este y los Altos del Golán. En esa guerra murieron aproximadamente 23 000 personas palestinas, 45 000 fueron heridas y 6000 encarceladas. Del lado israelí hubo 777 bajas, 2563 personas heridas y 15 prisioneras.

15 Las condenas a vidas en la cárcel son legales en Israel y es el castigo más severo aplicable bajo la legislación israelí en tiempo de paz.

números[16] y a mí ni siquiera me dejaron acceder al área para ir a su funeral.

Por aquel entonces, yo participaba activamente en varios grupos que organizaban manifestaciones y al poco tiempo me pusieron en la lista de personas buscadas por Israel. Sabía que si salía a la calle y me veían, me encarcelarían, así que me pasé mucho tiempo sin salir de casa para que no me encontraran. Estuve meses encerrada hasta que me enteré de que Alí había sido citado en la Corte de Ramallah. Cuando lo supe, sentí que necesitaba ir a verlo, aunque solo fuera desde lejos, así que me puse un niqab[17] para que nadie pudiera reconocerme y fui hasta allí. Sin embargo, alguien me siguió y cuando estaba a punto de desayunar con mi hija y su marido, un coche pasó por nuestro lado, sus puertas se abrieron y me metieron dentro a la fuerza. Me detuvieron y me llevaron a una base militar israelí, pero les convencí de que no era la mujer que estaban buscando: les dije que no sabía ni leer ni escribir y se creyeron que una persona analfabeta no podía estar involucrada de esta forma en la resistencia palestina.

Un tiempo después, Alí fue transferido junto con otros presos a una de las peores cárceles israelíes, Nafta, que

---

16 Los cementerios de números son espacios que hay en algunas áreas militares israelíes en las que se entierran cuerpos de palestinos y, en vez de poner su nombre en la tumba, la señalizan con un número. Estos cementerios son zonas cerradas a las que normalmente no puede acceder nadie. No hay información precisa sobre cuántos cementerios de números existen. Sin embargo, en 2003 el ejército israelí confirmó, al menos, la existencia de dos: uno cerca de la ciudad de Safed y otro en el Valle del Jordán, donde se encuentra el cuerpo del hermano de Fátima.

17 Velo que cubre todo el rostro a excepción de los ojos.

se encuentra en medio del desierto, donde las extremas temperaturas tanto en verano como en invierno dificultan mucho las condiciones de vida. Es el lugar donde el régimen de la ocupación suele encerrar a los líderes palestinos para aislarlos. En el momento en el que los llevaron para allí, los presos decidieron iniciar una huelga de hambre a modo de protesta y la falta de nutrientes provocó que la salud de algunos de ellos empeorara mucho. Debido a esto, se los llevaron a la prisión de Ramla donde, en lugar de darles la atención médica que necesitaban, les ataron en sillas y les insertaron sondas con agua y sal por la nariz. A mi hermano este procedimiento acabó perforándole los pulmones y provocándole muchos sangrados. Herido como estaba, lo dejaron solo en una celda y acabó falleciendo esa misma noche a las tres de la mañana. Además de haberlo asesinado dentro de la cárcel, retuvieron su cuerpo y no nos lo devolvieron hasta mucho tiempo después.

Por todo lo que me estaba pasando, me era prácticamente imposible no estar enfadada. Las acciones de los israelíes alimentaban mi deseo de resistir. Todo el sufrimiento que me causaron hizo que no me pudiera quedar callada ante estos abusos; sentía que necesitaba hacer algo y por eso participaba muy activamente en protestas y actos reivindicativos. Durante la primera intifada, por ejemplo, estuve muy involucrada en la resistencia contra la ocupación en Dheisheh: poníamos ruedas en la calle para evitar que los soldados accedieran al campo, llevábamos comida y uniformes militares a la gente, apoyábamos a las familias de las personas mártires y heridas, nos enfrentábamos a los

colonos que venían a llevar a cabo acciones provocativas cerca del campo, etc.

También he asistido a muchas manifestaciones a lo largo de mi vida. En ellas nos reunimos, colgamos banderas, damos discursos en los que reclamamos nuestros derechos y nos enfrentamos a los soldados gritándoles y tirándoles piedras. Aunque en general en este tipo de protestas no hay una organización muy clara, tenemos algunas reglas básicas: por ejemplo, si arrestan a alguien, esa persona no debe proporcionar a los soldados ningún tipo de información sobre quién organizó el evento o quién participó en él.

Durante las manifestaciones, los militares generalmente reaccionan con mucha violencia: nos golpean, lanzan gas lacrimógeno, disparan balas de goma o munición real… Da igual lo que hagamos y lo pacíficamente que actuemos, siempre acaban atacándonos y usando una fuerza desproporcionada. Por ejemplo, el otro día en Khan Al Ahmar, un pueblo beduino que quieren demoler entero, la gente simplemente estaba sentada dentro de una tienda e igualmente les tiraron bombas de gas lacrimógeno. También en muchas de las reivindicaciones no violentas de Gaza hay gente que acaba muerta, arrestada o herida solo por estar poniendo banderas o gritando.

Yo misma sufrí mucha violencia por parte de los soldados durante las manifestaciones. Recuerdo que una vez, mientras intentaba escapar, me rompí un pie y ellos, aun sabiendo que estaba herida, intentaron dispararme; por suerte me tumbé en el suelo y la bala no me alcanzó. Un tiempo después hubo una oleada de manifestaciones que duraron cuarenta días en Jerusalén porque en la prisión de Ramla los israelíes estaban torturando a los presos con

prácticas tan crueles como romperles las manos. Un día, durante una de las protestas en apoyo a los encarcelados, detuvieron a veinticuatro personas y yo fui una de ellas. En ese momento estaba embarazada y la Cruz Roja hizo presión para que me liberaran rápido. Lo hicieron, pero dejándome tirada en Jerusalén sin DNI, sin dinero y sin nada.

No sufrimos este tipo de agresiones únicamente cuando vamos a las manifestaciones, sino también durante los ataques de los colonos y en nuestras propias casas. Por ejemplo, en uno de los enfrentamientos contra colonos que venían a atacar el campo, cuarenta y cinco niños fueron arrestados. Mi hijo fue uno de ellos. Solo tenía quince años y se pasó cuatro en la cárcel. En otra ocasión, los soldados entraron en nuestro hogar para detener a mi marido, destrozaron todo lo que se encontraron por delante, pisaron nuestra ropa con sus zapatos llenos de barro, nos insultaron y nos trataron fatal.

Así pues, las manifestaciones son nuestra manera de reaccionar a toda la violencia que recibimos. La gente a veces no entiende que vayamos a las protestas y que tiremos piedras y cócteles molotov cuando sabemos que la respuesta de los israelíes puede tener consecuencias fatales, pero para nosotros no hay manera de responder pacíficamente a su brutal forma de agredirnos. Sentimos la necesidad de resistir y exteriorizar nuestra rabia, y para hacerlo salimos a la calle, como en cualquier otro país donde el pueblo quiere expresar su rechazo hacia algo. No nos podemos quedar callados, aunque a través de las protestas solo consigamos pequeñas cosas y nunca alcancemos los grandes objetivos políticos por los que nos manifestamos, ya que somos demasiado pequeños al lado de Israel, de Estados Unidos y de toda la

comunidad internacional que apoya al sionismo. Sabemos que no podemos detener la ocupación, pero sí podemos decirle al sionismo que no aceptamos su colonialismo aquí y que no nos rendimos. En mi caso, unirme a las manifestaciones fue mi forma de perseverar, de proteger mi casa, mis hijos y de expresar mi resentimiento por todo lo que perdí por su culpa. Las formas y los motivos de protesta han ido cambiando con el tiempo. Durante las intifadas, por ejemplo, llevábamos a cabo acciones que duraban semanas, mientras que ahora suelen ser más puntuales y se hacen sobre todo ante injusticias concretas: cuando asesinan a alguien, cuando demuelen una casa, cuando los colonos se apropian de una tierra, etc. También ha habido un relevo generacional y ahora es la gente joven quien organiza y participa en las manifestaciones. Yo hace ya un tiempo que dejé de involucrarme en ellas porque tengo setenta años. A pesar de mi avanzada edad y de la imposibilidad de involucrarme en la resistencia palestina como lo hacía antes, no he dejado de luchar a mi manera para que las futuras generaciones no sufran el mismo dolor que he padecido yo.

Luchar con pinceles

Retrato del escritor palestino Ghassan Kanafani hecho por el grupo de pintura de la asociación local “Laylac” en una de las paredes del campo de Dheisheh.

El edificio está repleto de cuadros hechos por el grupo de arte de Abrar. Entre ellos está el pelo de una mujer transformado en concertina, turistas fotografiando las pinturas del muro de Apartheid, personas heridas por los soldados, ojos detrás de rejas, casas en ruinas, brazos encarcelando la tierra, puños cerrados… Las paredes transpiran memoria, hablan sin palabras y resisten sin armas.

Me llamo Abrar Saed, soy palestina y nací en Dheisheh. Tengo veinte años y estudio obstetricia en la Universidad de Belén. En mi tiempo libre me dedico a la pintura, un arte que me ayuda a expresarme y a dejar a un lado los pensamientos negativos. Para mí, pintar, además de una pasión personal, es una forma de resistencia a través de la que plasmo el sufrimiento del pueblo palestino.

Comencé a involucrarme en el mundo de la pintura a partir de 2013, cuando me uní a las clases que ofrecían en una organización local llamada Laylac. Allí, además de mejorar nuestra técnica, organizábamos exposiciones, dibujábamos en los muros del campo y llevábamos a cabo actividades políticas. Pasado un tiempo nuestra profesora no pudo continuar con las clases y, en lugar de disolver el grupo, empezamos a compartir lo que habíamos aprendido con las nuevas generaciones. Sentimos que era un conocimiento útil, que nos había aportado mucho y que podía servir a mucha más gente, así que empezamos a dar clases de pintura para niños y niñas.

Con el tiempo, el grupo de pintura de Laylac se fue haciendo cada vez más fuerte y nos dimos cuenta de que nuestro trabajo podía convertirse en un acto reivindicativo. Por eso decidimos, en 2014, crear una exposición de cuadros que llamamos "Estómago vacío", en apoyo a los presos palestinos que, por aquel entonces, estaban haciendo huelga de hambre en la cárcel. Fue en ese momento cuando me di cuenta de que los cuadros conseguían que la gente se interesara por lo que estaba pasando en Palestina y que nuestra voz llegaba incluso a otros países. A raíz de la gran repercusión que tuvo la exposición, recopilamos las obras en un libro llamado "In between", que publicamos en árabe, inglés y francés con la

ayuda de la artista francesa Sania. Todo esto motivó que nos embarcáramos en nuestro segundo proyecto artístico, "In and out", a través del que intentamos ampliar las temáticas de nuestras reivindicaciones y representar otros fenómenos relacionados con la ocupación, como el muro, los presos políticos, el Apartheid, etc. Para esta segunda exposición, yo creé una obra que se compone de tres lienzos que representan cómo una persona palestina, cuando todavía es un feto, es completamente libre y cómo esa libertad es coartada desde el momento en el que nace, siendo cada vez mayor la opresión a medida que va creciendo. En este segundo proyecto no solo criticamos la ocupación israelí en Palestina, sino que también quisimos ampliar nuestra crítica a las actuaciones de la comunidad internacional. Adam, uno de mis compañeros, quiso plasmar en sus dibujos las dos realidades que representa el muro del Apartheid dependiendo de quien lo mire: para nosotros, los palestinos, es un obstáculo, una ideología ilegítima materializada y, sin embargo, para muchos extranjeros es algo interesante porque está lleno de pinturas con las que se pueden hacer fotos. En mi opinión el muro de separación debería permanecer gris porque los grafitis lo convierten en algo bonito y hay gente que, cuando viene,no ve más allá de eso: se quedan con la imagen de los dibujos y no son capaces de darse cuenta de lo que realmente supone esa pared para el pueblo palestino.

Aun así, dependiendo del contexto, las pinturas en los muros y paredes pueden ser un acto de resistencia. Dheisheh, por ejemplo, está lleno de murales reivindicativos. Incluso nosotros, desde el grupo de pintura, participamos en la elaboración de algunos de estos dibujos: uno de ellos repre-

sentaba al poeta Mahmoud Darwish[18] y el otro reivindicaba el derecho al retorno. Sin embargo, una de las casas en las que habíamos pintado fue demolida y ahora tan solo queda uno de nuestros murales en el campo. Las pinturas que hay en las paredes de Dheisheh se centran en cuatro temáticas principales: los mártires, cuyos retratos llenan las fachadas de las casas y sirven para honrar a las personas asesinadas y reivindicar que su muerte no ha sido en vano; el mapa palestino, que muestra las ciudades originales de las que proceden los habitantes del campo; el derecho al retorno, que se simboliza a través de la figura de una llave[19] y el Handala, el dibujo de un niño refugiado palestino de espaldas que observa la tragedia palestina, creado por el artista Naji al-Ali. De hecho, Naji al-Ali es un buen ejemplo de cómo la pintura puede ser una buena forma de resistencia: en sus obras trataba constantemente el caso palestino y los abusos cometidos hacia nosotros por parte de Israel. Debido a sus críticas y al peligro que estas suponían para el régimen israelí, se dice que acabó siendo asesinado por orden del Mossad[20].

La pintura puede ser una manera de confrontar la ocupación. Nuestros murales no sólo nos sirven para expresar nuestros sentimientos, sino también para que la gente de fuera y las nuevas generaciones entiendan la situación en la

---

18 Mahmoud Darwish (1941-2008) fue un poeta palestino que plasmó en su obra el sufrimiento de su pueblo.

19 La llave representa el derecho al retorno palestino porque durante la Nakba, en 1948, las familias que se vieron forzadas a abandonar sus hogares creían que tan solo se tendrían que ir durante un par de días y se llevaban la llave de sus casas con ellas para cuando pudieran volver.

20 Agencia de inteligencia israelí.

que vivimos. Sé que mi arte no va a liberar Palestina, pero es una forma de difundir nuestra voz, de hacernos escuchar, de crear comunidad y memoria. Por eso creo que el arte no se puede detener, que es una herramienta que tenemos que seguir usando y expandiendo.

Resistir

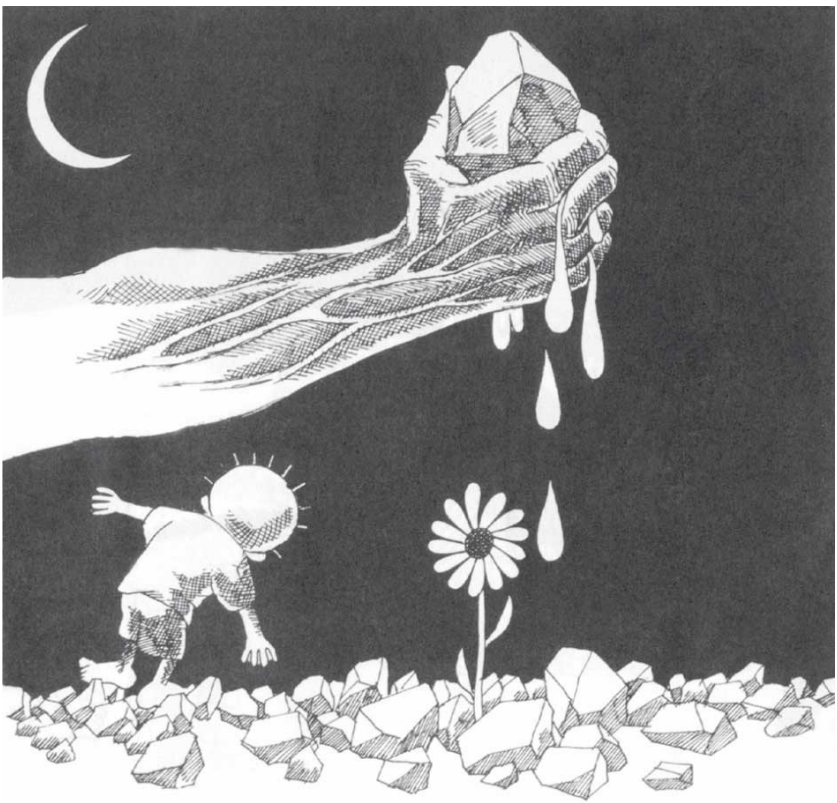


Ilustración del pintor Naji Al-Ali que representa la resistencia palestina.

Naji nos atiende en un despacho lleno de símbolos que claman por la defensa de los derechos humanos en diferentes partes del mundo. En sus facciones se pueden leer los años de trabajo sacrificado y la ternura con la que combate la hostilidad del entorno. Durante la entrevista, como casi siempre que habla de política, diversas personas se acercan a escuchar sus palabras; su discurso ha permeado las conciencias de cientos de jóvenes locales y extranjeros. Aunque es una persona a quien tenemos muy cerca, su entrega y su incansable labor por la causa no dejan de asombrarnos día a día.

Me llamo Naji Owda y nací en Dheisheh, aunque mi familia es originalmente de Deir Aban. La ocupación marcó mi niñez y desde muy temprana edad empecé a tener la necesidad de ser útil para la sociedad, así que decidí dedicar mi vida al activismo y a la resistencia.

Mi infancia fue dura. La vida en el campo no era fácil y, cuando me iba a la ciudad, me avergonzaba mucho ser refugiado porque la gente me miraba mal por ser pobre e ir descalzo y mal vestido. Crecí con el eco de las palabras ocupación, sufrimiento, derechos y resistencia resonando en mi cabeza y, desde muy joven, empecé a hacer preguntas sobre la situación palestina. La mayor parte de las veces mis padres no me respondían porque tenían miedo de que me involucrara demasiado en los movimientos de resistencia, así que empecé a buscar respuestas en otros lados y a relacionarme con gente joven perteneciente a movimientos sociales. Los seguía a todas partes: recuerdo verlos desde lejos tapados con kufiyas[21], entre disparos y gas lacrimógeno, cuando se iban a protestar a la calle principal. Cuando hacía mis preguntas a las personas de estos grupos, a menudo me recomendaban un libro de Ghassan Kanafani[22]. Leí a este autor cientos de veces a pesar de que al principio no entendía nada debido a su complicado lenguaje filosófico. Aun así, con el tiempo fui asimilando el mensaje y empecé a intercambiar este y otros libros con la gente del campo. Cada vez había más gente informada e involucrada en los movimientos de resistencia, e incluso algunas personas que en un principio no querían

21 Pañuelo típico de Oriente Medio y Arabia que se ha convertido en un símbolo de la lucha y la resistencia palestina.

22 Escritor palestino y cofundador del Frente Popular para la Liberación de Palestina.

meterse en política lo acabaron haciendo porque, aunque quisieran mantenerse al margen, no podían evitar los castigos colectivos de los soldados por la noche ni que detuvieran a sus seres queridos.

Dheisheh se fue politizando cada vez más, y desde los movimientos sociales reinventaron el concepto de *Onna*[23] (ةنوع) y lo convirtieron en *Tataua* (عوطت), que en árabe significa trabajo voluntario. Fue en los años setenta cuando los grupos de activistas organizados empezaron a tener más reconocimiento por parte de la comunidad. Al principio, la gente desconfiaba un poco de ellos porque muchos eran comunistas, marxistas y no creían en Dios, lo que está mal visto en nuestra sociedad. Sin embargo, con el tiempo todo el mundo los aceptó porque hacían muchas cosas para mejorar las condiciones de vida de las personas del campo. Por ejemplo, durante la época en la que Dheisheh estaba bajo toque de queda, algunas personas nos escapábamos por la noche para conseguir alimentos. Nos movíamos por los tejados mientras que los soldados andaban por las calles, íbamos preguntando en cada casa lo que necesitaban, proporcionábamos productos básicos a la gente y potenciábamos el intercambio de víveres entre los vecinos. Más adelante creamos un sindicato que tuvo influencia en toda Palestina: en una ocasión decidimos boicotear el tabaco israelí para apoyar a los granjeros y granjeras locales a través de huelgas

23 La Onna era la cultura de ayuda mutua y de solidaridad entre las familias que vivían en los pueblos antes de que ocurriera la Nakba. Es una palabra intraducible del árabe que refiere a actos como colaborar en el trabajo de tierras ajenas, intercambiar alimentos y cualquier tipo de apoyo que se brindara altruistamente a otro miembro de la comunidad.

y manifestaciones, y fue una campaña muy exitosa. Detrás de nuestras acciones siempre había intenciones políticas; éramos personas educadas, con opiniones muy claras, lo que era peligroso para el régimen sionista. Nos arrestaron muchas veces por los actos que llevábamos a cabo e incluso cerraron durante doce años el centro en el que nos solíamos reunir para apagar la resistencia, aunque el movimiento no murió porque nos seguimos encontrando en casas, en la calle, etc.

En ese momento, esa era nuestra manera de combatir la ocupación, pero las formas de resistencia son muy diversas y han ido cambiando a lo largo del tiempo. Cada cual tiene su manera de contribuir: hay quienes educan a los niños y niñas para que entiendan cuáles son sus derechos y sean conscientes de las raíces del problema, quienes dan apoyo a los presos políticos y a las familias de los campos, quienes eligen crear conciencia a través de artículos, poemas, canciones, cuadros y otras formas de arte, y también hay quienes eligen la resistencia armada o violenta. Esta última es bastante controvertida y hay mucha gente, especialmente de fuera, que la juzga. Sin embargo, hay que entender que el discurso pacifista nos llega a través de los gobiernos y las grandes ONG, para quienes no somos más que números: hacen estadísticas de nuestros muertos sin ver a las personas ni el sufrimiento que hay detrás y hablan de resistencia pacífica desde sus despachos mientras nosotros recibimos violencia todos los días. Sin embargo, ¿porqué deberíamos ser pacíficos si hemos sido agredidos desde el día en que nacimos? ¿Qué son nuestras piedras al lado de sus tanques y sus bombas? ¿Qué son nuestras acciones comparadas con los miles de personas muertas, heridas y encarceladas a manos del ejército israelí, la expansión de sus asentamientos

y la expropiación constante de nuestra tierra? Resistir, sean cuales sean los métodos, es un derecho que tenemos y que está reconocido por la legislación internacional.

Algunas personas alegarán que somos muy pequeños frente al régimen sionista y que nuestras piedras no sirven de nada. Respecto a eso, recuerdo que un día le pregunté a mi sobrino por qué atacaba los tanques cuando venían al campo y qué pretendía conseguir tirando piedras a una máquina enorme a la que no podía causar ni un rasguño. Me respondió que su intención no era hacerles daño físico a los israelíes, sino transmitir a los soldados que lo miraban desde dentro del tanque que él rechazaba la ocupación sionista en nuestra tierra y que no le importaba dar su vida defendiendo la causa —cosa que acabó haciendo, ya que un tiempo después fue asesinado por el ejército—. Es cierto que en muchas ocasiones nuestras acciones son simbólicas, pero es la manera que tenemos de expresar nuestro desprecio al poder colonial.

Además, ¿quién define lo que es violencia? Para algunos, incluso los libros, las charlas y ciertas palabras lo son. De hecho, muchas organizaciones moderan su lenguaje y sus acciones y las adaptan a las condiciones políticas del momento para no perder sus fuentes de financiación. Para mí, esto es una de las muchas formas de normalización, es decir, de naturalización de la ocupación israelí o de colaboración con la misma. Hay muchísimas entidades que fingen apoyar a la gente palestina y estar en contra de Israel, pero restringen muchísimo sus acciones para no perder las subvenciones y acaban siendo parte del mismo juego. Yo mismo hace años trabajaba en una de ellas, que estaba conectada con la Autoridad Palestina y nos obstaculizaba cualquier actividad

política que quisiéramos llevar a cabo. A buena parte del equipo solamente le importaba el dinero, y yo me pasaba la mitad del tiempo discutiendo con ellos, así que me acabé yendo porque no podía más. Cuando me fui, casi todos los voluntarios y voluntarias me siguieron. Yo estaba muy cansado y sin ánimos, pero sabía que si no hacíamos algo todos esos jóvenes comprometidos no tendrían un espacio para seguir trabajando para la comunidad. Por ello, decidimos involucrarnos en una pequeña organización que estaba muy inactiva, cambiarla desde dentro y reactivarla con nuestro equipo y nuestra filosofía. Decidimos hacerlo así porque sabíamos que si creábamos una entidad desde cero nunca íbamos a conseguir el certificado necesario para poder empezar a trabajar. Así pues, con el tiempo modificamos toda la estructura, le cambiamos el nombre y la convertimos en lo que actualmente es Laylac.

Laylac es una organización social y política que trabaja sobre todo con niños, niñas y jóvenes. Nuestro objetivo es crear conciencia en las nuevas generaciones sobre el contexto político y la ocupación, abrir espacios para que la gente pueda expresarse y fomentar que los jóvenes contribuyan a la comunidad con su trabajo. Para ello, contamos con varios departamentos en los que personas voluntarias, participantes y estudiantes de varias universidades se forman y se organizan para mejorar las condiciones del campo o protestar contra la ocupación a través de la escritura, la música, la pintura, el teatro, etc. La organización se basa, ante todo, en el trabajo voluntario. Ninguna de las personas que colaboramos en Laylac recibimos ningún tipo de salario porque creemos en el espíritu de la Onna, de la ayuda mutua y del colectivismo. También somos muy estrictos a la hora de elegir con quién

trabajamos y de quién recibimos dinero: no aceptamos ningún tipo de ingreso que implique condiciones ya que nos queremos mantener completamente independientes, ni tampoco trabajamos con organizaciones que no compartan nuestra filosofía, que sean normalizadoras de la ocupación o que no tengan como prioridad el derecho al retorno de todas las personas refugiadas palestinas.

Aunque Laylac es una organización pequeña, nuestra área de influencia es grande porque, con el paso de los años, hemos ido construyendo una red de contactos a nivel local, nacional e internacional. Creemos firmemente que es muy importante mantener lazos y vínculos con organizaciones y movimientos de otros países que también luchan contra el capitalismo, el fascismo, el imperialismo y el colonialismo: nos tenemos que mantener unidos ya que todos sufrimos por culpa de un mismo sistema que se ha construido en base a estructuras de privilegio de los blancos sobre los negros, los hombres sobre las mujeres, los ricos sobre los pobres… Así pues, nuestra meta no es solamente que Palestina sea libre, sino que todo el mundo lo sea, así que nos adherimos a la lucha contra los distintos tipos de opresión y discriminación. Por ello, nuestra forma de resistencia pasa por crear conciencia dentro y fuera de Palestina sobre la realidad que vivimos; crear lazos y tejer red con otros movimientos; dar a la gente joven la posibilidad de tener educación, voz, capacidad de decisión y libertad de elegir lo que quieren hacer, y también transmitir los valores de la vida comunitaria para preservarla y no dejarnos corromper por el individualismo y el capitalismo de Occidente.

Nosotros, en el campo, estamos acostumbrados a ayudarnos mutuamente y a regirnos por principios colectivistas;

aunque vivimos en un contexto mucho más empobrecido que en otros países, conseguimos que todo el mundo coma tres veces al día y esté educado. En Dheisheh no hay gente viviendo en la calle porque los lazos sociales son muy fuertes y si alguna familia no tuviera hogar, sus vecinos la acogerían al instante. Estamos acostumbrados a ayudar económicamente a los padres que no pueden costear los estudios de sus hijos, a abrir espacios para acompañar el duelo de los familiares de quienes mueren, y a realizar acciones para mantener a la comunidad unida. Mi hijo, por ejemplo, tuvo problemas de salud y lo operaron el fin de semana pasado, así que mucha gente se acercó al hospital para darnos ánimos y preguntarnos si necesitábamos dinero. No lo necesitamos, pero aunque fuera así no estaría preocupado porque sé que todo el mundo me ayudaría.

La realidad de Europa y Norteamérica es muy diferente a la que vivimos aquí, especialmente en las grandes ciudades. La sociedad está mucho más desconectada e individualizada. Además, allí tienen la imagen de que las personas refugiadas somos pobres, incultas y que vivimos en un país donde solo hay bombas y muerte. Influenciados por estos estereotipos, muchos extranjeros vienen aquí para ayudarnos o enseñarnos.

Nos tratan de forma paternalista y con actitud caritativa porque, en el fondo, nos ven como seres inferiores. Se creen que en sus países se vive muy bien, que hay paz y que deberíamos tomar su ejemplo. Cuando vienen con esta actitud, yo los mando de vuelta a casa. Aquí no aceptamos a gente que venga a enseñarnos porque nosotros ya estamos educados, tenemos muchos años de experiencia resistiendo y entendemos la complejidad de nuestra situación porque la vivimos desde dentro, así que nadie tiene que venir a

explicarnos cómo tenemos que hacer las cosas. Solamente aceptamos a personas que quieran aprender, trabajar con nosotros e intercambiar ideas, no imponer las suyas.

Sin embargo, con eso no quiero decir que no sea importante que la gente de fuera venga aquí. De hecho, en Laylac recibimos a muchos extranjeros con quienes hablamos una y otra vez de nuestra historia y nuestra filosofía, porque sabemos que es importante que lo entiendan y nos den apoyo desde sus países. No pretendemos que nos reemplacen en nuestra lucha aquí porque creemos que ellos también tienen mucho trabajo en su tierra para mejorar, no solamente su propia sociedad, sino también la nuestra. Consideramos muy importante que la gente alrededor del mundo se sume a los movimientos de solidaridad con Palestina y a las campañas de boicot, desinversiones y sanciones a Israel ya que, para que cambien las cosas, es fundamental presionar a los gobiernos para que dejen de apoyar al régimen sionista.

Creo que el trabajo de los movimientos sociales y las organizaciones es muy relevante para movilizar gente dentro y fuera del país contra las vulneraciones de derechos sufridas por el pueblo palestino. Aunque en algunos casos ser independientes y luchar contra la ocupación es arriesgado, para los activistas perseverar en nuestra lucha y mantenernos coherentes con nuestros principios es nuestra forma de ser libres. A pesar de que no podamos movernos por el territorio fácilmente y hayamos vivido entre barrotes, torturas y toques de queda, somos libres en nuestras mentes porque nunca hemos dejado de creer en lo que hacemos.

Escribir este libro

Campo de personas refugiadas de Dheisheh, Belén.

Somos Sònia y Sofía y no hemos nacido en un campo de personas refugiadas palestino. La ocupación no marcó nuestra vida, pero sí nos mostró algunos de sus rostros durante los tres meses que pasamos en Dheisheh. A lo largo de ese período convivimos con el olor del café árabe y el humo del tabaco de muchos hogares mientras escuchábamos las historias con las que elaboramos este libro. Durante el proceso, absorbimos opiniones, anécdotas y muchísima información que aún a día de hoy nos cuesta asimilar.

Mientras escribíamos estos relatos, la impotencia, el enojo, la tristeza, la incomprensión y la admiración se pelearon por liderar nuestra deriva emocional. Lloramos casi tanto como reímos con esas personas del campo que nos dieron la más cálida de las acogidas y se abrieron a nosotras con mucha más naturalidad de la que podíamos esperar.

A medida que pasaban las semanas, nos fuimos dando cuenta de la complejidad de la situación y de que había muchas cosas que no podíamos entender. Por mucho que nos lo explicaran, a nosotras nunca nos han echado de nuestro hogar, no nos han encarcelado por decir lo que pensamos, ningún soldado nos ha herido ni han asesinado a alguien a quien queríamos. No hemos hecho huelgas de hambre durante cuarenta días para recuperar nuestros derechos, nadie nos ha demolido la casa y nuestras ciudades no se han convertido en cárceles al aire libre rodeadas por muros y vallas. No hemos crecido allí, así que probablemente nunca podamos entender del todo lo que se siente. Tampoco logramos comprender de dónde salen sus fuerzas para enfrentarse a estas condiciones de vida, pero nos fascinó su manera de hacerlo. La firmeza de su resistencia, la unidad de la comunidad, las formas

de ayuda mutua, la calidez de la gente del campo y su facilidad para dar sin recibir nada a cambio chocaron con nuestros esquemas hasta quebrarlos.

Ahora ya no estamos en Palestina, ya no nos despertamos por la noche con el sonido de la mezquita ni de los ataques de los soldados israelíes al campo y, sin embargo, a veces parece que aún escuchamos su eco. A pesar de estar lejos, un poco de Dheisheh, de su gente y de su filosofía sigue con nosotras y esperamos que también con quienes habéis llegado hasta aquí.

Desde la distancia es fácil que nuestros cerebros, los de la gente de los países privilegiados, en un acto de autoprotección, se evadan y desenfoquen las caras de otros seres humanos alrededor del mundo que están en situaciones desfavorables. Es duro enfrentarse a realidades que duelen y marcan, así como asumir la parte de responsabilidad que nos corresponde. Sin embargo, creemos que acercarnos a todas estas personas e interesarnos por su vida no solo las humaniza a ellas, sino también a nosotras mismas. Es por eso que hemos escrito este libro. Esperamos que, a través de él, haya gente que entre en contacto con esta realidad, tire del hilo y se siga informando. Que alguien se conmueva, se indigne, se sienta interpelado o tenga la necesidad de moverse porque, si hay más gente que mira, siente y empuja hacia la misma dirección, quizás las ruedas empezarán a girar.

Agradecimientos

Antes de nada, queremos agradecer enormemente a todas las personas que protagonizan este libro: Jamila, Aisha, Ghassan, Najía, Muneer, Ahmad, Ilham, Abrar, Fatima, Naji y también a los dos narradores que prefieren no desvelar su identidad. Gracias por acogernos en vuestras casas y contarnos vuestras historias.

También queremos agradecer a Ammar, Omar y Ma'an por habernos ayudado a encontrar las personas a quienes entrevistamos, traducirnos frase por frase sus discursos en árabe y acompañarnos durante todo el proceso. A Jawahel y a Ziad por sus consejos y su apoyo. A Ma'an, Aman, Ray, Klara, Fatima y Bayan por su entusiasmo y su incansable trabajo traduciendo los textos a inglés y árabe. A Abdallah, por ser nuestro guía en Hebrón y ayudarnos a entender un poco mejor la complicada situación de esta ciudad. A Pablo, por sus increíbles fotografías y por involucrarse desde el principio en el proyecto, y también a Musa Alshaer y a Days of Palestine por cedernos algunas de sus impactantes imágenes. Y, sobre todo, a Laylac y a toda su gente por haberse convertido en nuestro hogar durante estos meses.

Índice

Introducción	9
Anhelar el regreso	11
Habitar el campo	23
Comprender las raíces	35
Extrañar a los míos	49
Vivir la cárcel	61
Caminar herido	75
Levantar muros	89
Trabajar encerrado	105
Reconstruir un hogar	117
Llenar las calles	131
Luchar con pinceles	143
Resistir	153
Escribir este libro	167

Este libro se acabó de imprimir en febrero de 2020, coincidiendo con las manifestaciones organizadas alrededor del mundo en rechazo al llamado "Acuerdo del Siglo" firmado por presidente de Estados Unidos, Donald Trump, y su homónimo israelí, Benjamin Netanyahu. Este acuerdo, entre otras cosas, no contempla el derecho a retorno de la población refugiada y reconoce los asentamientos ilegales en Cisjordania como territorio legítimo israelí, haciendo cada vez más complicada la existencia de una Palestina unificada.